

La Ilustración Artística

AÑO XIV

BARCELONA 12 DE AGOSTO DE 1895

NÚM. 711

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL DESAYUNO DE LA MUÑECA, cuadro de W. Sprenger

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. Bárbara Lamadrid*, por S. López Guijarro. — *El caballo de Santiago Apóstol*, por Ricardo Palma. — *Napoleón I. Las firmas de Napoleón*. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *La señora Florent* (continuación), novela original de Camilo Bruno. — *Tres joyas artísticas*, por X.

Grabados. — *El desayuno de la muñeca*, cuadro de W. Sprenger. — *Bárbara Lamadrid*. — Varios grabados que ilustran el artículo *Napoleón I.* — *Ofrenda á la Virgen*, cuadro de Antonio Fabrés. — *Key de armas*, cuadro de Antonio Fabrés. — *Monumento erigido recientemente en honor de Boussingault*, obra de Dalou. — *Mr. W. B. Richmond y Mr. E. Onslow Ford*. — *Retrato de Felipe IV*, por Velázquez. — *Florista española*, cuadro de Murillo. — *Retrato de Lady Mulgrave*, pintado por Gainsborough. — *Colocación de la primera piedra de la nueva catedral católica de Westminster (Inglaterra)*.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La cuestión de Bélgica. — Grandes agitaciones. — Correlación suya con la cuestión político-religiosa en España. — Observaciones del filósofo Mr. Fouillée acerca del temperamento de los pueblos en fisiología y en psicología. — El temperamento español. — Voluntad española mostrada en la historia moderna y antigua. — Reconciliación del clero español y de los partidos religiosos con la democracia progresiva. — Reflexiones. — Conclusión.

En las pasadas *Murmuraciones europeas* absorbió mi ánimo la cuestión de Bulgaria, y en éstas absorbe mi ánimo la cuestión de Bélgica. Como las relaciones entre los poderes públicos y su protector nato, el czar, traen á mal traer un pueblo del Oriente europeo extremo, las relaciones entre los poderes laicos y su madre Iglesia traen á mal traer un pueblo del centro. Hay que contar mucho con las costumbres y con las creencias, cuando se quiere alterar en algo la correlación del Estado político y civil con el poder eclesiástico. Así hame parecido una temeridad que, teniendo acalladas las creencias en los asuntos religioso-políticos Bélgica, y conformes las costumbres con todo lo legislado, se haya metido el gobierno belga en libro de caballería tan peligroso como el de aumentar la influencia del clero sobre los estatutos de pública enseñanza, y con especialidad de enseñanza primaria. Hoy está de moda en la prensa europea y americana calumniarnos á los españoles, así por lo respectivo á la política como por lo respectivo á la historia nuestras. Filósofos como Fouillée publican libros sobre los temperamentos de las naciones, que merecen ser conocidos y aplicados al estudio de nuestra patria. Y la cuestión de Bélgica, y los juicios de la prensa europea sobre nuestra España, y el precioso libro de Fouillée acerca de los temperamentos que pudiéramos llamar colectivos, hanme determinado á consagrar estas *Murmuraciones* á tres puntos capitales: el carácter fisiológico ó psíquico de la nación; su voluntad en ejercicio activo y constante; las relaciones de su Iglesia con la democracia, tan mejoradas en los últimos tiempos. Así, recordando cuanto hay de duradero en el fondo de nuestra voluntad colectiva, y de inextinguible y perpetuo en la llama de nuestra inteligencia nacional, nos consolaremos de tantas injusticias cual cometen los extraños con nuestra idolatrada patria, y remitiremos al curso del tiempo eterno y al desarrollo de nuestra vida propia los argumentos demostrativos de que tenemos un peculiar espíritu y nunca sufrimos de abatimiento y decadencia. No cabe dudarle en modo alguno: los naturales de la nación española nunca pierden su complexión heroica. Por esta razón debe decirse y asegurarse que no sabemos los españoles vivir y gobernarlos como sabemos pelear y morir. A este incontrastable impulso guerrero se debe que, ora tengamos una guerra de conquista como la guerra de Africa, ora una guerra de defensa como la guerra de Cuba, el pueblo español esté siempre con su ejército y lo acompaña á todas partes con su alma, como si peleáramos sin excepción los hijos de la patria sumados y estuviéramos presentes al combate. Con el temperamento militar de su complexión fisiológica se une y suma el temperamento religioso de su complexión psíquica. El pueblo español necesita creer en un ideal y amar un ideal. Tuvo durante siglos aquel que le ofreciera su Iglesia, y lo defendió en las más contrarias zonas del planeta, y lo grabó con las más audaces manos de sus descubridores hasta en las estrellas y constelaciones de cielos hallados por su adivinación prodigiosa. Pero no habrá temeridad ninguna en decir que ha peleado por los ideales políticos modernos, ya en pugna con el extranjero como durante la guerra por su independencia, ya en pugna entre sus propios hijos unos con otros, como durante la guerra civil ó las revoluciones, cual no ha peleado, á lo menos con tanta persistencia y duración y porfía, pueblo ninguno del planeta. Comparad lo breve de los periodos revolucionarios en los demás pueblos, hasta en Francia, donde dura el Terror poco

tiempo, y los días de julio y de febrero y de septiembre y de marzo, pasando como centellas eléctricas, con los últimos cien años nuestros, que registran lustros de guerras civiles, y decidme si hemos en la edad contemporánea sido mártires ó no de la democracia moderna, como fuéramos en las edades pasadas mártires también de la Iglesia católica. Por eso quizás servimos á la patria mejor en las grandes ocasiones, cuando debemos presentarle holocaustos y sacrificios en luchas cruentísimas, que en el más tranquilo y no menos meritorio trabajo continuo por dirigirla y administrarla bien.

Nuestra nación es una grande nación de fe, y sobre todo y ante todo una grande nación de voluntad. Podrá muchas veces caer en el error, pero cree; podrá muchas veces querer el mal, pero quiere. Y querer no es cosa tan baladí como imaginamos á primera vista; frecuentemente aventaja con creces al pensar. Schopenhauer murió quejándose de que la raza germánica era muy pensadora y muy crédula; para el arte músico y la ciencia metafísica muy apta; pero poco volente y activa. Y así el empuje de su espíritu en la edad moderna comienza con el dogma luterano de la gracia, fatalismo á la postre, y concluye con el dogma de aquella idea hegeliana, río en perpetuo discurso, sin fuente y sin desagüe, sin principio ni fin, pequeña transformación evolutiva dentro de la cual van arrastrados los seres no se sabe dónde, hasta que todo concluye con el aniquilamiento universal en la nirvana india resucitada por Schopenhauer mismo, apenado de que á su gente y á su patria le falten acción y voluntad. Nosotros los españoles no caeremos en tamaña neurosis. Así no puede nunca decirse de nuestra patria que pertenece al número de las naciones conocidas por cortesanas de la fortuna próspera y de la victoria material. Había César vencido á Pompeyo, desarmado á Bruto, puesto á Catón en el trance de matarse para preservar de la deshonra su nombre gloriosísimo y ofrecer este holocausto al credo estoico y á la República patriótica; los republicanos andaluces, los últimos republicanos, dieron tamaño susto á César, que al fin de su vida exclamaba éste con dolor: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.» Somete á su dominio el segundo César, Augusto, la tierra conocida entonces; vence desde su émulo y cómplice Antonio, hasta los vengadores de Catón, como Casio; arranca la maravillosa lengua de Julio á la tribuna; y mientras todas las gentes se prosternan en su presencia, una tribu de cántabros en el apartamiento de las abruptas montañas que sirven de contrafuerte al Océano inmenso le impiden cerrar el templo de Jano y hacen morder el polvo á las legiones de Agripa. Reconstruye Carlomagno el imperio romano unguido por el Papa, consiguiendo la sumisión de todo el centro de nuestro continente, y un puñado de vascos le aplasta el mayor de sus caudillos bajo los pedruscos de Roncesvalles. Hechiza y encanta con su prestancia y con su arte Francisco I desde los sultanes de Bizancio hasta los papas de Roma, y España disipa tal encanto en Pavia. Parece Napoleón invencible, y la maravilla de Munda contra César se renueva contra él en Bailén. No tiene Bismarck nube ninguna en el cielo de sus triunfos hasta que tropieza en los desarrollos de sus ambiciones con el arrecife de las Carolinas. Así, por nuestra indómita voluntad, hemos representado con Séneca el estoicismo, con Lucano la epopeya del vencido, con los teólogos del Renacimiento la causa del libre albedrío contra la gracia fatalista de Lutero, con Cervantes la protesta de todo lo ideal contra todas las realidades impuras, con Calderón aquella interior actividad que desafía en los infernos mismos al diablo y le dice cuando quiere forzar el libre albedrío humano: «No fuera libre albedrío si se dejara forzar.»

Y sin embargo, mientras el pueblo liberal español ha contrariado su heroico temperamento inclinándose á los métodos legales, el pueblo realista español, ó esencialmente católico, ha contrariado también su viejo espíritu, inclinándose á las instituciones democráticas. Debe atribuirse la gloria de lo primero, la gloria de haber conseguido un temperamento más jurídico las muchedumbres democráticas al apostolado de los oradores y publicistas demócratas que han difundido la idea y el sentimiento de legalidad, y debe atribuirse la gloria de lo segundo á los oradores y publicistas católicos transigentes que han predicado á las muchedumbres carlistas una conformidad inevitable con las instituciones modernas. Cuando examináis el ardor bélico de las razas del Norte hispánico en sus luchas con la moderna libertad y con los pueblos liberales, advertís seguidamente unos afectos religiosos, por tal manera exaltados, que los llevan á la defensa de su Dios y de su clero como

pueda llevar á los árabes el culto hacia su Alá, su Corán, su Mahoma. En estos arranques impetuosos, cuyas intensidades parecen por su ímpetu destinadas á duración breve, y sin embargo duran lustros y más lustros, hállese á la continua una tan grande y activa intervención del clero vasco y navarro que no puede haber paz aquí en los ánimos y en los espíritus como esté desasosegada la Iglesia. Siete años duró la primera guerra civil, del treinta y tres al cuarenta; cinco la segunda, del setenta y uno al setenta y seis: en ambas aparecieron curas cabecillas, armados de trabucos, manteniendo con la matanza el culto al Dios del Evangelio. Nunca se justificó, nunca, como en estos caudillos la célebre frase dicha por Vinent respecto de los curas guerreros, mandados por Cristo á ser cual ovejas entre lobos y siendo cual lobos entre ovejas. Contra la calamidad de los curas batalladores á lo Edad media, sólo había un recurso: la directa intervención del Papa moviéndolos á la paz evangélica y disuadiéndolos de turbarla con un vuelco del infierno sobre la tierra tan patente como las guerras civiles. El imprescindible deber que teníamos los republicanos históricos de conjurar esta calamidad, nos condujo á entendernos con Pío IX el año 73, pidiéndole un *modus vivendi*, cuyos cánones nos permitieron proveer á la ocupación de los episcopados vacantes, sin mengua ninguna de la libertad religiosa ó científica, y menos aún de los derechos eminentes que recabara el Estado sobre las escuelas y universidades, desasidas de la inspección del clero, y sobre la familia misma, regulada por los principios laicos que supone la existencia en un pueblo del matrimonio civil. Roma escuchó estas proposiciones y las tuvo por aceptables, echando en aquel nombramiento de obispos las bases firmes sobre que había de levantarse una Iglesia reconciliada con el Estado. Vino la Restauración, así contra la República nuestra como contra la guerra civil carlista, y se puso á continuar el movimiento de reconciliación entre los gobiernos parlamentarios y los clérigos españoles un orador inspiradísimo, valiéndose de algunas muy elocuentes exageraciones en su lenguaje, pero guardando en su proceder y en su conducta verdadera prudencia. Nosotros, que combatimos con dureza y esfuerzo al Sr. Pidal, por creerlo en vías de asaltar los derechos intelectuales tan preciosos, la libertad religiosa y de enseñanza, por cuyo triunfo combatiéramos y porfiáramos en tales y tantos empeños, debemos reconocer, al cabo, incommovibles á nuestros principios democráticos mezclados por medio de las costumbres á nuestra vida racional, como prestaron él y cuantos dividieron y separaron la Iglesia española de Don Carlos VII un servicio eminentísimo é inolvidable á la patria. Bien es verdad que remató y coronó la obra del apaciguamiento de la Iglesia española, comenzada por la República en los meses últimos del 73, un hombre divino, el gran Pontífice León XIII, con esa previsión de pensador profundo y ese tacto de político perfecto que le han permitido, sin perder un átomo de la tradición ortodoxa, reconciliar la Iglesia con la libertad, como en los tiempos gloriosos de la liga lombarda y de las ciudades italianas. Mucho hiciera por Francia en este sentido, estableciendo una grande cordialidad de relaciones entre la República parlamentaria y su altísima Sede contra las resistencias opuestas á ello y á él por quienes se creen sus hijos más fieles y sus devotos más ardientes; pero mayor servicio nos ha prestado á nosotros intimando relaciones entre la Monarquía democrática y su Sede, pues podrán gozar toda cuanta influencia se quiera los clérigos en la suerte política de Francia y podrán promover tristes retrogradaciones como la promovida un día contra Thiers y otro día contra Simón; pero jamás tuvieron en las guerras civiles después de la Vendée los clérigos franceses el nefasto influjo ejercido desde la fundación del bando calificado con el apodo de apostólico, desde comienzos del siglo expirante, por la clerecía española en las guerras civiles. Así la reconciliación entre la Iglesia tradicional nuestra y el moderno estado democrático, comenzada por el último gobierno republicano y concluída por el advenimiento de León XIII, ha pacificado el clero y reconciliándolo con la moderna sociedad. Y así como la pacificación del pueblo por los apóstoles demócratas ha fundado la paz, la pacificación del clero por León XIII y los obispos fieles á sus ideas ha robustecido la libertad. Y ahora pregunto yo si un pueblo capaz en su política de reconciliar la Iglesia católica con el Estado democrático y en sus empeños ó esfuerzos de mandar á Cuba setenta mil soldados, héroes y mártires al mismo tiempo, debe creerse aquejado en su salud y robustez de una indolencia irremediable, como dicen aquellos que ignoran su índole y olvidan su historia. Confiemos en Dios, en la libertad, en la patria.

San Sebastián, 6 de Agosto de 1895



SEMBLANZA

Octogenaria y ciega murió no hace aún dos años; pero hacía ya algunos que había muerto para el arte escénico que tanto honró. Sólo que su retirada del teatro fué voluntaria y antes de que la decadencia física se la impusiera. Y hasta en esto obró como verdadera gran artista, no dando lugar, cual otros caracteres débiles suelen hacerlo, á vivir ante el público de la gratitud del recuerdo, tolerados y compadecidos por lo que fueron.

Quiso y supo ser la estrella que desaparece en la plenitud de su brillo, y no la luz que, falta paulatinamente de alimento, se va apagando en presencia de los que también van dejando lentamente de admirarla.

Fué este un rasgo importante de su noble y puro carácter, como otros muchos, de entre los cuales podemos citar y consignar hoy los que hemos tenido la suerte de adquirir recientemente.

Uno entre todos, que á recordar vamos, basta por sí solo para hacer el panegírico de la mujer amante, honrada, misericordiosa y de firmísima voluntad; y fué á saber:

El ilustre compañero y esposo de doña Bárbara, el inolvidable Salas, gloria de nuestra escena lírico-nacional, llegó á tener un día interés grande, acendrado y paternal por cierto huérfano de pocos años, cuyo único protector era en el mundo. Doña Bárbara lo supo por confesión sincera del propio esposo, y aunque su corazón decidió en el acto ser á su vez la madre cariñosa del desvalido, nada dijo por el momento, y aguardó el día señalado por su ternura para realizar su noble proyecto. Y este día fué el del santo de su marido, el día de los gratos regalos de familia.

Cuando llegó este día, y vinieron á casa del zarzuelista insigne los deudos y los amigos con sus presentes, el de su esposa no llegó en toda la jornada, con grande, aunque callada sorpresa del felicitado. Sonó empero la vespertina hora usual de la comida, y cuando familia y convidados entraron en el comedor, hallaron ya en él á la dueña de la casa sentada á la mesa y teniendo á su lado á un bello niño. Este niño era el huérfano caro á D. Francisco, y el regalo que en sus días le hacía su cristiana, amorosa compañera.

Aquel niño fué querido, cuidado y educado por doña Bárbara como el suyo propio; siguió la carrera de medicina, y su muerte á los veinte años, cuando por sus notables cualidades y poco común inteligencia prometía un porvenir lisonjero, deparó uno de los mayores dolores de la vida á su admirable y admirada madre adoptiva.

Era doña Bárbara una mujer modestísima, como todas las que son buenas de verdad. Y su modestia orgánica, por decirlo así, trascendía, cosa extraña y desusada, á su vida artística.

Un testigo presencial de algunos de sus numerosos y tan grandes como merecidos éxitos teatrales nos ha afirmado que no la vió nunca apresurarse en los entreactos á recibir en su vestuario admiradores y plácemes. Esperaba el aviso de su nueva salida encerrada en su cuarto, procurando y gozando un descanso que amaba hasta el exceso, hasta el exceso de dar

una cabezada, como ella decía, siempre que le era posible. Lo que no impedía que, al volver á la escena, despertasen por completo su inspiración y su carácter.

Doña Bárbara Lamadrid, la que heredó de Concepción Rodríguez y llevó sola y sin rival posible durante largo tiempo el cetro de las actrices españolas, la que estrenó, entre otras muchas memorables ó imperecederas obras, *El Trovador* y *El Tenorio*, ganaba en estos tiempos de su cenit artístico el sueldo de noventa y cinco reales diarios! Bueno es recordar este verídico detalle hoy que, la civilización y el arte andando al parecer, vemos á nuestros teatros poblados y plagados de tanta medianía con sueldo de capitán general. En aquellos tiempos hubieran todas ellas ganado cuatro ó cinco pesetas diarias, sin chistar.

Dos únicos recuerdos de la eximia artista guardamos en nuestra memoria, nosotros que hemos tenido la desgracia de no pertenecer á la generación que asistió á sus creaciones geniales, sino á la que iba á pedir de vez en cuando su reaparición momentánea y su valioso concurso para alguna representación extraordinaria, conmemorativa ó benéfica: llamamientos á que siempre accedía con amable entusiasmo la señora correctísima, la artista perdurable.

Se dió en el teatro de la Comedia una función en honor y memoria del malogrado y nunca olvidado Rafael Calvo. Debían salir al palco escénico nuestros mejores actores, unos á leer poesías, otros á colocar coronas junto al retrato del celebrado actor. Doña Bárbara, que, ya casi ciega, asistía al acto desde las butacas, acompañada de su no menos ilustre hermana Teodora, fué invitada á subir también al escenario para actuar con sus compañeros dolientes, y aceptó sin vacilar. Salió, en efecto, con el inseguro paso que su progresiva ceguera le exigía; puso su corona á los pies del caballete que sostenía el cuadro, y luego, en vez de retirarse, se adelantó valerosa hacia los espectadores, y en breves y sentidas frases se excusó de no haber podido leer nada. «Mis cansados ojos, dijo, han negado este honor á mi voluntad.» Y una salva atronadora de aplausos contestó á la ilustre anciana.

Para otra función benéfica se representó en el mismo teatro *El sí de las niñas*, de Moratín, una de las obras maestras de doña Bárbara, la única en que nosotros pudimos formar verdadera idea propia de aquel superior mérito de la actriz, en que hasta entonces sólo habíamos creído por referencia. Grabado en nuestra memoria, para vivir en ella cuanto ella dure, quedó allí el recuerdo de aquella gigantesca y magistral interpretación de una de las figuras más típicas y difíciles de nuestro gran cómico. No se ha hecho, ni se hará nunca nada mejor que aquel papel de madre bachillera, interesada y despótica de las postrimerías del antiguo régimen. ¡Qué modo de sentir y de hablar y de identificarse con su fingido personaje! ¡Qué deliciosa manera de imponer el religioso silencio de la admiración á todo un público, que casi no se atrevía á aplaudir para no perder una palabra sola! ¡Qué demostración tan completa y tan conmovedora de un gran talento!

Pensando siempre en esta su obra preferida, pasó doña Bárbara el breve resto de su vida; y cuando, ya en sus últimos días, ciega del todo, flaqueaba su cerebro, no expresaba otro deseo que el de no acabar de morir sin volver á hacer *El sí de las niñas*. «Que me lleven, decía, y que me sienten en la escena, y haré mi papel sentada, y el público me oirá, y yo le oiré, ya que no puedo verle!» En este postrer delirio está compendiada aquel alma tan artista, tan recta y tan pura.

S. LÓPEZ GUIJARRO

EL CABALLO DE SANTIAGO APÓSTOL

Soldado de puño recio, pero de menguados bríos, era Marcos Saravia entre los de caballería que, por el rey y Vaca de Castro, pelearon el 16 de septiembre de 1542 la muy reñida y sangrienta batalla de Chupas contra las huestes de Almagro el Mozo.

El entusiasta cariño de los almagristas por su joven caudillo, así como la reputación de esforzados y mañeros que disfrutaban, por hallarse entre ellos muchos hombres de gran experiencia en cosas de guerra y milicia, como que eran la flor y nata de los conquistadores que con Pizarro vinieron al Perú, hacía que los realistas anduviesen la víspera de la batalla nada confiados en la victoria.

A Marcos Saravia no le cuajaba de miedo la saliva en la boca, y en la primera arremetida, que fué de hacer castañetear dientes y muelas, se vió en tan serio peligro que hizo formal promesa al apóstol Santiago de regalarle su caballo, si con vida libraba de la batalla.

En aquellos tiempos el gobierno no proveía al soldado de caballo, montura ni arreos. Estos eran propiedad del jinete, y el tesoro le pagaba, para manutención de la cabalgadura, la mitad de la soldada.

Item los caballos eran escasos y carísimos. El zancarrón más humilde valía mil pesos, y ningún capitán ó persona de fuste montaba caballo que no estuviese valorizado en tres ó cuatro mil duros.

El santo atendió las preces del cuitado Marcos, sacándolo de la zinguizarra sin golpe ni rasguño.

Llegó, pues, la de pagar, y cuando al día siguiente entraron los vencedores en Guamanga, fué nuestro hombre á visitar y dar gracias al apóstol Santiago, que de gorda lo librara. Pero hacíasele muy cuesta arriba eso de quedarse convertido en infante.

Descabalgó en la puerta de la iglesia, y arrodillándose ante la efigie del patrón de España, dijo:

— Santo mío, vos no habéis menester de caballo, sino de su precio.

Y sacó de la escarcela, en doblillas de oro, cuatrocientos pesos que puso sobre el altar, añadiendo:

— Estamos en paz, patrón, que soy buen pagador.

Pero Santiago apóstol no lo tuvo por tal, sino por tramposo y redomado. Lo menos que valía el jamelgo era doble suma, y era mucha bellaquería venirle con regateos á santo batallador y tan entendido en materia ecuestre, como que nadie lo ha visto pintado á pie, sino sobre arrogantisimo corcel y con mandoble ó bandera en mano.

Salido de la iglesia, apoyóse Marcos en el estribo y cabalgó; pero el demonche del animal, rebelde á freno, espuela y azote, se encaprichó en no dar paso. El caballo había sido siempre manso de genio, nada corveteador ni empacón, y por primera vez en su vida revelaba insubordinación y terquedad. Aquello no podía ser sino obra de influencia beatífica.

Aburrido Saravia, apeóse, regresó al altar y le dijo al santo:

— ¡Ah, picaronazo! No hay quien te la juegue.

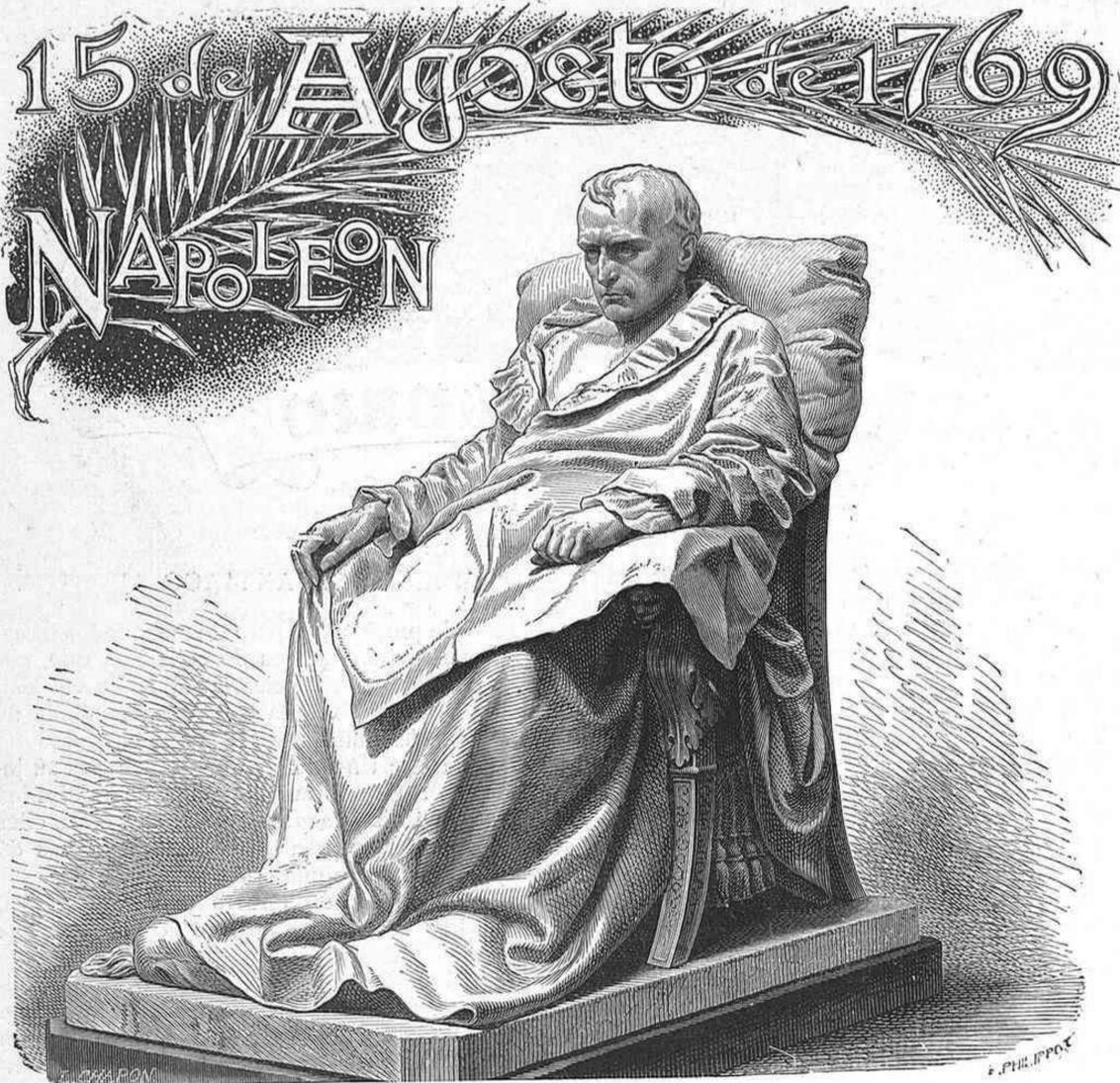
Y puso sobre el altar cantidad de doblillas igual á la que antes dejara. Suma redonda, ochocientos dures.

Cabalgó nuevamente, y el dócil animal siguió, con su habitual paso llano, camino de la posada.

Marcos Saravia volvió el rostro hacia la iglesia, murmurando entre dientes y como quien reza:

Santiago, patrón de España,
no eres santo de cucaña
ni de paja.
Accedes á hacer favores;
mas tus caballos peores
nos los vendes sin rebaja.

RICARDO PALMA



ULTIMOS DÍAS DE NAPOLEÓN, copia de la estatua de Vela que se conserva en el Museo de Versailles

NAPOLEÓN I

Escribir la biografía detallada de Napoleón equivale a trazar la historia de Europa en las postrimerías del pasado siglo y en los primeros años del presente. Renunciamos, por lo mismo, desde luego a tal tarea, impropia de las columnas de LA ILUSTRACIÓN



La casaca de Napoleón cuando era primer cónsul (Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

ARTÍSTICA, y al conmemorar hoy en ellas la fecha del natalicio del emperador ilustre, nos limitaremos a citar á grandes rasgos los principales hechos de su

existencia y á exponer algunas consideraciones acerca de sus actos y de su carácter tan discutidos.

Napoleón nació en Ajaccio en 15 de agosto de 1769, de familia ilustre oriunda de Italia; entró en 1779 en la Escuela militar de Brienne, y por sus talentos mereció ser destinado á la de París en 1784, siendo admitido en la compañía de cadetes nobles. Al año siguiente, poco después de muerto su padre, pasó como segundo teniente á la compañía de bombarderos, de guarnición en Valence, y con su regimiento fué á sofocar en 1786 una sublevación en Lyon. Por aquel entonces defendió con entusiasmo en Córcega, en donde estuvo varias veces en uso de licencia, los principios de la Revolución, y se hizo nombrar, siendo ya primer teniente, comandante del segundo batallón de voluntarios nacionales.

La guerra civil que Paoli encendió en Córcega obligóle á abandonar con su familia la isla, yendo á establecerse en Niza primero, cerca de Tolón luego y finalmente en Marsella. Nombrado capitán de artillería volvió á Niza, prestó importantes servicios en la campaña contra los confederados del Mediodía (1793), tomó parte principal en la toma de Tolón, como comandante de la artillería del sitio y autor del plan gracias al cual se obtuvo aquella victoria, y fué por estos hechos ascendido á general de brigada (1794), confiándole además el mando de la artillería del ejército de Italia, que, gracias á sus planes, consiguió brillantes triunfos sobre los austriacos. A pesar de esto, la dirección de la guerra, confiada á Aubry, dióle el retiro como general de artillería por considerarle demasiado joven para este cargo, ofreciéndole el mando de una brigada de infantería del ejército del Oeste, que Napoleón no aceptó.

El Comité de Salud pública agregó entonces á la dirección de mapas y planos de la oficina topográfica, puesto en el cual prestó importantísimos servicios; mas aquel empleo sedentario no satisfacía á Napoleón, que pidió ser enviado en comisión á Turquía, á lo que se negó el comité para no verse privado de un oficial tan distinguido. Su comportamiento defendiendo á la Convención contra los insurrectos de París (13 de ventidimario de 1795) le valió el ascenso á general de división y el mando del ejército del interior.

En marzo de 1796 casóse con Josefina Tascher de la Pagerie, viuda del general de Beauharnais, y á los pocos días fué á ponerse al frente del ejército de Italia, del que había sido nombrado general en jefe. Su espíritu organizador restableció el orden en aquellas tropas, desprovistas de todo, inferiores en número á las del enemigo y colocadas en desventajosas situaciones, y con ellas realizó las más prodigiosas campañas y ganó las más gloriosas victorias que tuvieron por remate la paz de Campo-Formio.

A los pocos meses de haber regresado á París, en donde fué acogido con el mayor entusiasmo, es decir, en mayo de 1798, partió para Egipto: la toma de Alejandría y el Cairo, el sitio de San Juan de Acre y las batallas de las Pirámides, de Nazareth, del monte Tabor y de Abukir fueron los principales hechos de armas de aquella expedición, memorable también desde el punto de vista de la ciencia por haber fundado Napoleón durante la misma el Instituto de Egipto (agosto de 1798), al cual se debe el descubrimiento de la historia y de las riquezas científicas del antiguo imperio de los Faraones.

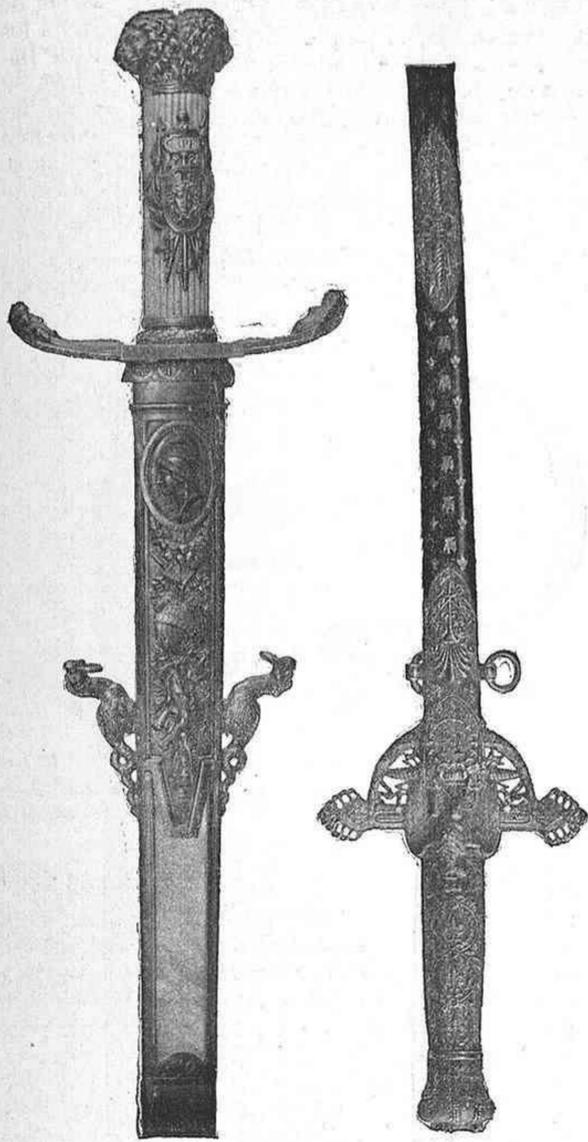
Noticioso de la triste situación en que por aquellos días se encontraba Francia, abandonó á Egipto, llegó á París en octubre de 1799, y empujado por la opinión pública y por los mismos partidarios de la revolución dió el golpe de Estado del 18 brumario (9 de noviembre), que reemplazó el Directorio con un gobierno provisional de tres cónsules, uno de los cuales fué el propio Bonaparte. Aceptada por el pueblo francés la Constitución del año VIII, Bonaparte



El redingote gris y el sombrero de Napoleón (Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

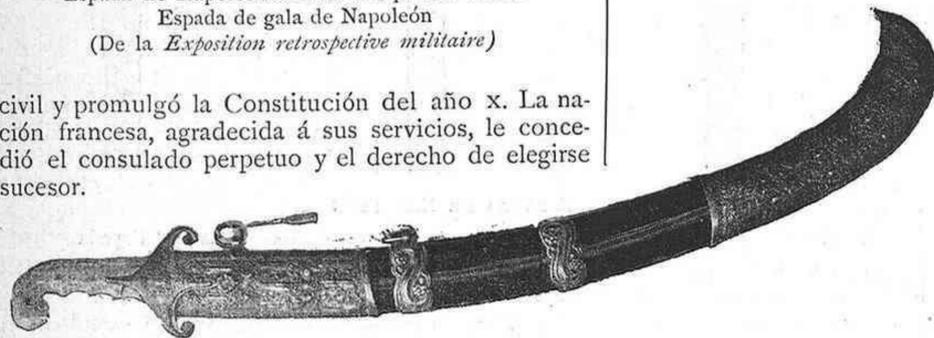
fué nombrado primer cónsul por diez años, con Cambaceres y Lebrún por colegas, restableciendo el orden en la administración, en la magistratura y en la hacienda, conseguido lo cual hizo frente á los peligros exteriores, alcanzando nuevos laureles en Italia y conquistando en aquella península nuevos territorios por la paz de Luneville (9 de febrero de 1801).

Después de la paz de Amiéns firmada con Inglaterra, Bonaparte, á pesar de la oposición de los revolucionarios, logró ver adoptado y publicado en 8 de abril de 1802 el concordato, lazo de unión entre las tradiciones antiguas y el nuevo orden de cosas, instituyó la orden militar y civil de la Legión de Honor, impulsó los trabajos para la elaboración del Código



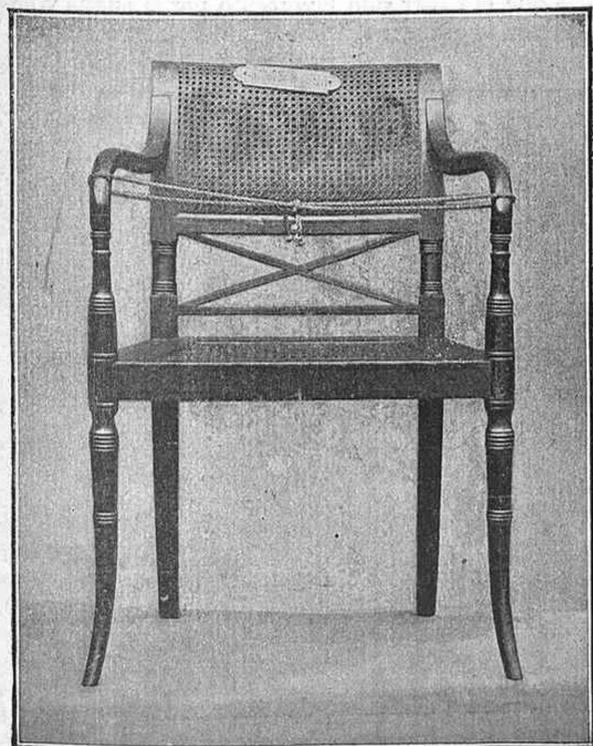
Espada de Napoleón cuando era primer cónsul
Espada de gala de Napoleón
(De la *Exposition retrospective militaire*)

civil y promulgó la Constitución del año X. La nación francesa, agradecida á sus servicios, le concedió el consulado perpetuo y el derecho de elegirse sucesor.



Sable que llevaba Napoleón durante la campaña de Egipto
y que actualmente posee el príncipe Joaquín Murat. (De la *Exposition retrospective militaire*)

Rota la paz de Amiéns por Inglaterra, comenzó la gigantesca lucha del imperio francés contra la Europa coligada, que había de durar catorce años, y que después de las más variadas alternativas había de acabar por el derrumbamiento del Estado napoleónico.



Silla en que trabajaba Napoleón en Santa Elena
(Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

En el momento en que iba á empeñarse la guerra, Bonaparte fué elegido emperador hereditario de los franceses con el nombre de Napoleón I (18 de mayo de 1804).

Apenas organizado su nuevo gobierno, formóse en contra suya la llamada coalición de 1805: Austria fué la primera en levantarse en armas; pero antes de que recibiera los auxilios de Rusia, Napoleón se trasladó al Rhin, y después de varias brillantes victorias parciales alcanzó en Austerlitz uno de los más grandes triunfos de su historia, que trajo consigo el tratado de Pressburgo (21 de diciembre de 1805). Al poco tiempo una nueva coalición obligó al emperador á volver á Alemania, realizando una gloriosa campaña que después de las batallas de Jena, Eylau y Friedland terminó con la paz de Tilsitt (1807).

Al año siguiente las tropas francesas penetraron en España, cuyo trono, por abdicación de Carlos IV y de su hijo Fernando, pasó á manos de Napoleón, quien lo dió á su hermano José. Ocioso nos parece relatar el curso de aquella guerra en que nuestras armas cubriéronse de gloria, venciendo al coloso que hasta entonces no había encontrado obstáculo en su triunfal carrera.

En 1809 formóse contra Francia la quinta coalición, que fué vencida como las otras y terminó con la paz de Viena, á la cual siguió muy pronto la cautividad de Pío VII, hecho prisionero por Napoleón, irritado por la excomunión que contra él había lanzado el Pontífice. En el mismo año, razones de Estado obligaron al emperador á divorciarse de Josefina y á casarse con la archiduquesa María Luisa de Austria, de la que tuvo al cabo de un año un hijo que recibió el título de rey de Roma.

Algún tiempo después (1812) comenzó nueva guerra contra Rusia; mas allí la fortuna no fué propicia á las armas napoleónicas, que hubieron de emprender la terrible retirada tan conocida en la historia, y durante la cual Napoleón hubo de confiar el resto de sus ejércitos á Murat para volver precipitadamente á Francia, de donde había recibido fatales nuevas. Llegado á París á fines de aquel año, organizó un nuevo ejército, marchó al Rhin, batió á la coalición en

Lutzen, Bautzen y Wurschen, y firmó la convención de Plesswitz (5 de junio de 1813). No se dieron por vencidos sus enemigos, que habían recibido el refuerzo de Austria y que aprovechando las intencionadas dilaciones del Congreso de Praga habían logrado reunir un ejército formidable: formada la séptima coalición, los franceses, á pesar de las victorias de Dresde y de Hanau, hubieron de retirarse de Alemania y regresar á París, en donde Napoleón organizó rápidamente nuevas fuerzas. Sabedor de que los aliados habían pasado el Rhin, abandonó la capital y comenzó una de sus más admirables campañas; pero la rendición de París y la defección de sus propios oficiales malogró sus esfuerzos, viéndose al fin obligado á abdicar la corona en Fontainebleau en 14 de abril de 1814 y á retirarse á la isla de Elba, cuya soberanía le había sido concedida por las potencias vencedoras.

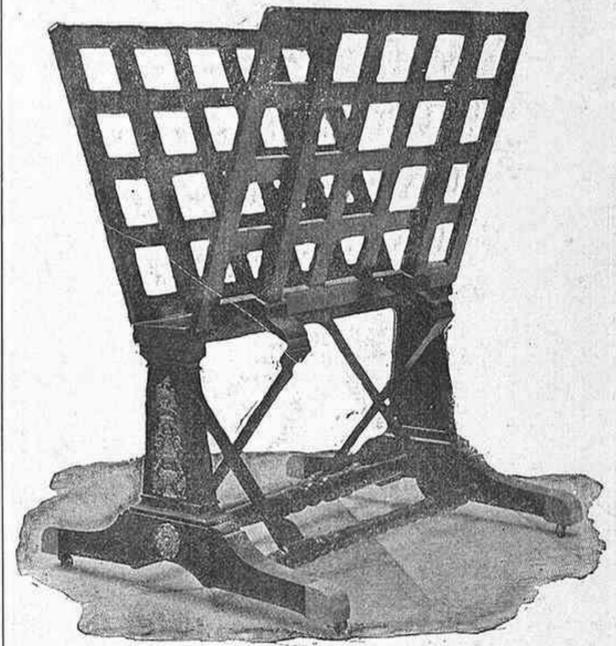
No había transcurrido aún un año de esto cuando Napoleón reapareció en Francia, y después de una marcha triunfante llegó á París en 20 de mayo de 1815, poniendo en fuga á Luis XVIII y comenzando el reinado llamado de los *Cien días*, al que puso término el desastre de Waterloo.

Confinado como prisionero de la coalición en Santa Elena, contrajo allí una larga y dolorosa enfermedad, de la que falleció el día 5 de mayo de 1821, rodeado sólo de algunos amigos y fieles servidores.

Pocas personalidades ha habido en la historia tan discutidas como Napoleón I, y nos atrevemos á decir que casi ninguna ha sido objeto de mayor idolatría y al propio tiempo de más apasionados ataques. Quiénes le consideran como un sér superior á todos los demás, adornado de todas las virtudes; quiénes como un monstruo infame en quien encarnaron todos los vicios y defectos. Difícil en extremo es orientarse en medio de los pareceres opuestos de los historiadores que desde distintos puntos de vista estudian la figura del emperador, buscando cada uno testimonios en las fuentes más favorables á sus respectivos criterios; pero bien estudiados los actos de su vida y analizadas con imparcialidad las circunstancias en que ésta se desarrollara, adquiérese el convencimiento

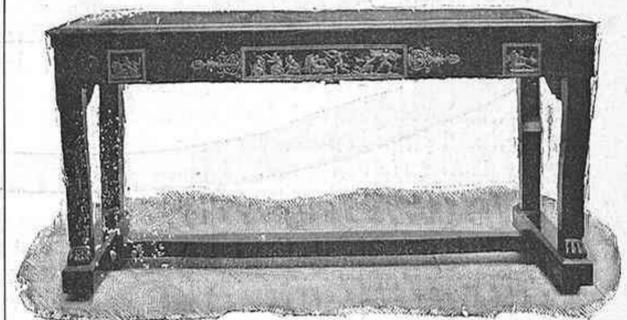
de que los detractores de Napoleón han estado sobradamente apasionados en sus durísimas censuras, más apasionados indudablemente que los panegiristas en sus desmedidas alabanzas.

Hase tachado á Napoleón de inhumano para con sus hermanos, y basta recordar lo que por todos y cada uno de éstos hizo para ver cuán injusta es la acusación que en este concepto se lanza contra él. A su hermano José hizole nombrar embajador en Roma en 1797, ofreciéndole la presidencia de la república ro-



Mueble donde Napoleón colocaba sus legajos en la isla de Elba
(Colección del príncipe Rolando Bonaparte)

mana, nombróle gran elector y alteza imperial, cargos por aquél no aceptados, y puso en sus sienes la corona de Nápoles primero y la de España después. Para su hermano Luciano, de cuya educación se encargó, obtuvo el nombramiento de comisario de guerra en los ejércitos de Alemania y del Norte, nombróle ministro del Interior apenas fué primer cónsul, y embajador en Portugal cuando obligado por el ejército hubo de separarle del ministerio que explotaba para enriquecerse; hizole gran oficial de la Legión de Honor, dióle la senaduría de Popelsdorf, que valía 30.000 libras de renta, y estando en Santa Elena pobre y abatido, olvidó los agravios inmensos que de Luciano recibiera, y aun halló, en medio de su escasez de recursos, manera de enviarle 200.000 francos que éste, en aquel entonces mucho más rico que Napoleón, le pedía con insistencia. Tomó á su cargo, cuando sólo era segundo teniente y no contaba más que

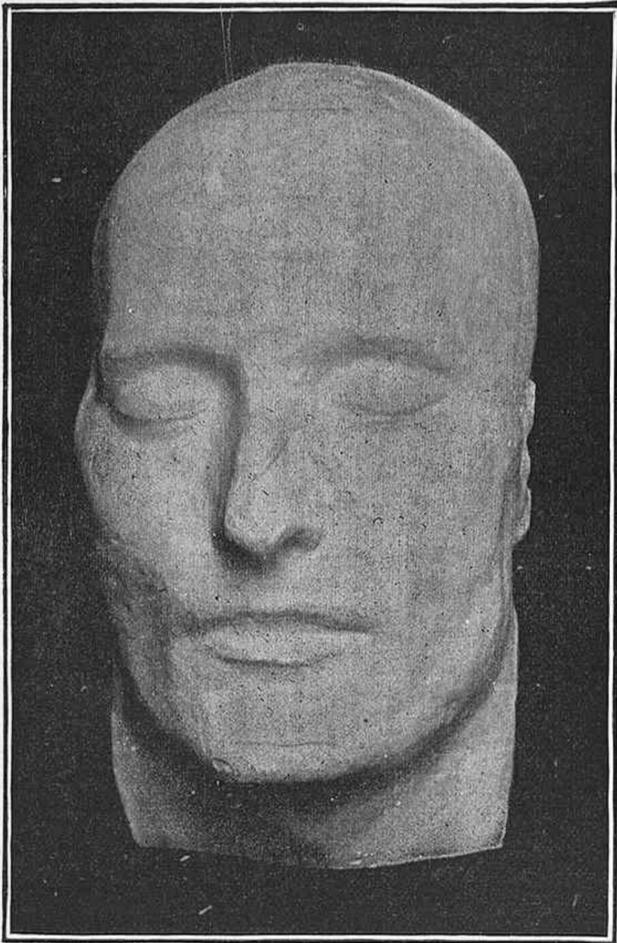


Mesa de trabajo de Napoleón en la isla de Elba
(Colección del príncipe Rolando Bonaparte)

con su sueldo de 92 francos al mes, á su hermano Luis, á quien educó desde niño; nombróle ayudante suyo durante la campaña de Egipto, casóle con su hijastra Hortensia de Beauharnais, hizole general, consejero de Estado, gobernador de París y en 1806 rey de Holanda. A su hermano Jerónimo púsole en el colegio de Juilly, y una vez nombrado primer cónsul instalóle con él en las Tullerías, dándole los mejores profesores; más adelante le nombró príncipe llamado eventualmente á sucederle, otorgóle el gran cordón de la Legión de Honor, hizole general de brigada, creó para él el reino de Westfalia, constituyó su casa civil y militar y le casó con la hija del rey de Wurtemberg. En cuanto á su hermana Elisa, cuidó de su educación, túvola consigo mucho tiempo, dióle, después de casarla, el principado soberano de Piombino y poco después el ducado de Toscana. A su hermana Paulina casóla con Leclerc, oficial de su estado mayor, y al enviudar de éste con el príncipe Camilo Borghese, y en cuanto á su hermana Carolina dióle por esposo á Murat, á quien hizo sucesivamente general en jefe, gobernador de París, mariscal

de Francia, príncipe, gran almirante, gran duque de Berg y de Cleves y finalmente rey de Nápoles.

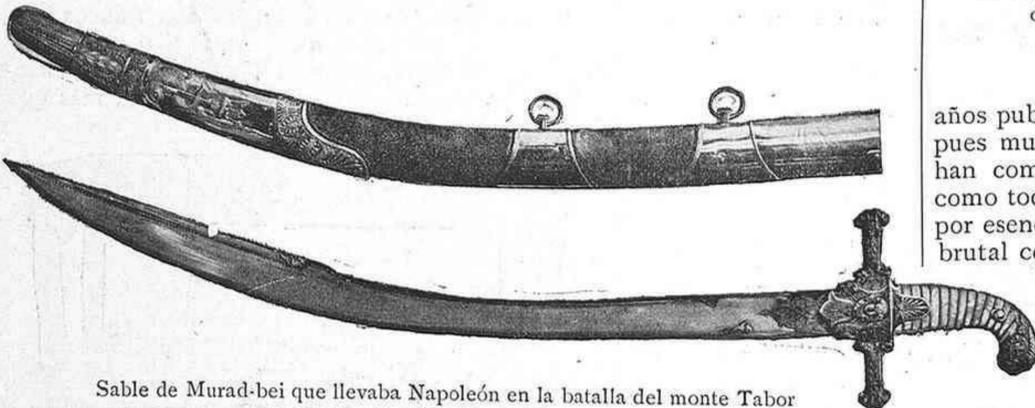
¿Cómo pagaron sus hermanos tales beneficios y otros pecuniarios que incesantemente dispensó Napoleón con mano pródiga? José hizo públicamente amigo de Mme. Stael, enemiga mortal de su hermano, opúsose á que éste fuese nombrado emperador, le ridiculizó cuanto pudo, y como rey de Nápoles y de



MASCARILLA DE NAPOLEÓN MUERTO, sacada por su médico el doctor Antomarchi (Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

España, en vez de ayudarle contrarió abiertamente su política; Luciano explotó en provecho propio los importantes cargos que Napoleón le confiara cometiendo toda suerte de abusos con el solo afán de enriquecerse, desoyó sus prudentes consejos con motivo de su casamiento con la señora Joubert, y retirado últimamente en Roma no se ocultó en manifestar cuánto deseaba la ruina de su hermano aunque fuese á costa de la derrota de las armas francesas; Luis, rey de Holanda, no hizo el menor caso de las sabias advertencias de Napoleón, abominó de todo lo que era francés, consintió que en Amsterdam fuese insultada una embajada francesa, y abandonó furtivamente su reino causando grave daño al prestigio del emperador; Elisa se puso de acuerdo con Murat cuando comenzó á declinar la estrella de su imperial hermano; y Carolina y su esposo Murat fueron los que

más trabajaron por la ruina de Napoleón, y después de la batalla de Leipzig abandonaron á éste por completo, pactando con los aliados y entrando en la coalición. Muchas y muy graves inculpaciones se han dirigido contra Napoleón por su conducta con su primera mujer Josefina viuda de Beauharnais; pero los que tal han hecho han omitido prudentemente hablar de los móviles que impulsaron á



Sable de Murad-bei que llevaba Napoleón en la batalla del monte Tabor y que actualmente posee M. Macdonald. (De la *Exposition retrospective militaire*)

aquella á contraer matrimonio, que no fué para ella de amor, sino de conveniencia; han olvidado los desdenes con que pagó durante los primeros tiempos de su unión el cariño de su esposo; no han leído sin duda las cartas frías y lacónicas con que contestaba, cuando las contestaba, á las apasionadas de su marido que inútilmente la llamaba á su lado desde Italia, y han prescindido de sus historias galantes que no desconocía Napoleón y de sus dilapidaciones y de las deudas enormes que por satisfacer caprichosos antojos contraía á espaldas del que, enemigo por naturaleza de tales prodigalidades y tapujos, le echaba en cara su proceder poco correcto, pero acababa por facilitar las cuantiosas sumas que tamaños dispendios exigían.

Con motivo de su divorcio, muéstranse despiadados ciertos historiadores contra Napoleón: la razón de Estado, que quizás ellos mismos adoptan como motivo poderosísimo para justificar otros actos cien veces más inicuos de que está llena la historia de todos los pueblos, no significa para ellos nada en este caso; las repugnancias de Napoleón á ceder *durante cinco años* á las apremiantes instancias de la nación en masa para que buscara esposa que le diera un sucesor, han sido calificadas de ridícula comedia, y las lágrimas que derramó al verse obligado á adoptar aquella resolución extrema, de infame hipocresía. Pero esos mismos historiadores no podrán negar las atenciones continuas que el emperador tuvo con Josefina después del divorcio y de su nuevo matrimonio con María Luisa de Austria, disponiendo que siguiese llevando el título de emperatriz y que percibiese una pensión de dos millones de francos, que luego fué elevada á tres millones, visitándola á menudo y conservando para ella siempre un afecto cariñoso del que le dió continuas é infinitas pruebas; tampoco podrán negar que aun después del divorcio el emperador sostuvo las mejores relaciones con Eugenio y Hortensia, demostración elocuente de que no debió ser tan infame como algu-

nos suponen la conducta de aquél con la madre de éstos. ¡Qué más! En la sesión del Senado en que se anunció el divorcio, el propio Eugenio de Beauharnais dijo: «A la felicidad de Francia importa que el fundador de esta cuarta dinastía llegué á la vejez rodeado de una descendencia directa que sea una garantía para todos nosotros. En cuanto á la gloria de mi madre, bástanle las lágrimas que esta resolución ha costado al emperador.»

Si no nos faltara espacio podríamos destruir con hechos fehacientes y documentos auténticos otras muchas inculpaciones no menos graves que contra Napoleón han lanzado algunos historiadores; en la imposibilidad de hacerlo, á los que quieran formarse juicio exacto de lo que fué y de cómo obró aquel hombre eminente les recomendamos la obra *Napoleón intime*, hace pocos



1.^a Espada de teniente de artillería

2.^a Espada del Instituto

3.^a Espada de gala

(De la *Exposition retrospective militaire*)

años publicada por Michel Levy, en la que con pruebas que no admiten dudas, pues muchas de ellas están tomadas de las confesiones hechas por los que más han combatido á Bonaparte, se demuestra que si éste tuvo algunos defectos, como todo hombre los tiene, ni fué cruel con sus subordinados, ni insociable por esencia, ni ingrato para con los que le ayudaron en sus grandes empresas, ni brutal con sus soldados, ni terco en sus opiniones, ni egoísta en sus afectos, ni insensible á las calamidades de la guerra, ni amigo de la ostentación ó de las aparatosas ovaciones, ni mucho menos un ambicioso vulgar, ni un soldado de fortuna, ni un aventurero sin más ley que su capricho sin más mérito que el haber sido favorecido por la suerte y llevado por las circunstancias al lugar altísimo que ocupa en la historia.



NAPOLEÓN EN SU LECHO DE MUERTE, croquis del natural hecho en Longwood el 6 de mayo de 1821 por W. Crockatt y ofrecido á lord Pannor

LAS FIRMAS DE NAPOLEÓN

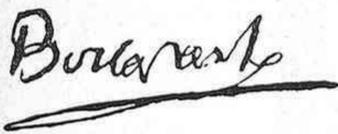
Cuando mandaba la artillería de sitio en el de Tolón (1793) firmaba *Buonaparte*



La última vez que firmó *Buonaparte* ó *El general Buonaparte* fué en la nota sobre el ejército de Italia, fechada en 29 nivoso



En su célebre proclama de Milán, de 20 de mayo de 1796, firma *Bonaparte*



En el Cairo, en 30 de julio de 1798, y más adelante como primer cónsul y como cónsul perpetuo, firma *Bonaparte*



Al ser nombrado emperador firma



La proclama dada en el cuartel imperial de Austerlitz en 3 de diciembre de 1805, después de la batalla de aquel nombre, lleva la firma de *Napoleón*



A partir de la campaña de 1806, firma solamente con las cinco primeras letras de su nombre, *Napol*



El 26 de octubre de 1806, el emperador firma desde Potsdam



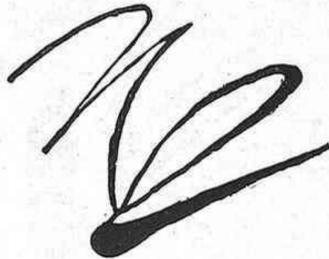
El 29 de octubre de 1806, desde Berlín



El 27 de enero de 1807, desde Varsovia



En el cuartel imperial de Tilsitt, en 22 de junio de 1807, el emperador firmó sólo con su inicial en la forma siguiente



Con la inicial sola firma también en Madrid, 7 de diciembre de 1808



Al comenzar la campaña de 1809, en 18 de abril, firma en Donawerth



Desde el cuartel imperial de Ratisbona, en 24 de abril de 1809, el emperador dirige una proclama al ejército, que termina: «Antes de que haya transcurrido un mes estaré en Viena,» y la firma



A las tres semanas escasas, es decir, en 13 de mayo, el ejército francés estaba en Viena y el emperador firmaba sus decretos en el palacio de Schoenbrunn del modo siguiente



La misma variedad de firmas encontramos en las órdenes fechadas en Moscou, en donde había entrado como conquistador el 12 de septiembre de 1812



El 21 de septiembre de 1812, á las tres de la madrugada, el emperador firmó así



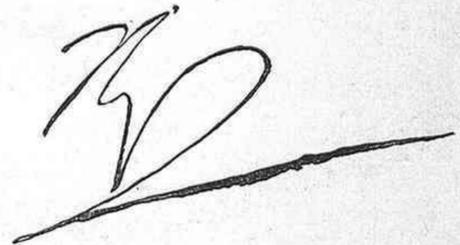
Durante la campaña de 1813, el emperador envió al mayor general desde Dresde, una orden fechada á las doce del día 1.º de octubre. El general Petit refiere que meditó mucho antes de enviarla: esta vacilación está comprobada por la circunstancia de haber sido borrada la firma dos veces y puesta de nuevo por tercera vez



Una de las firmas más raras del emperador es la siguiente que puso en Erfurt el 13 de octubre de 1813



El 4 de abril de 1814 firmó en Fontainebleau también con una *N* sola



En 9 de septiembre de 1814, firmó en Longone (isla de Elba) *Nap.*

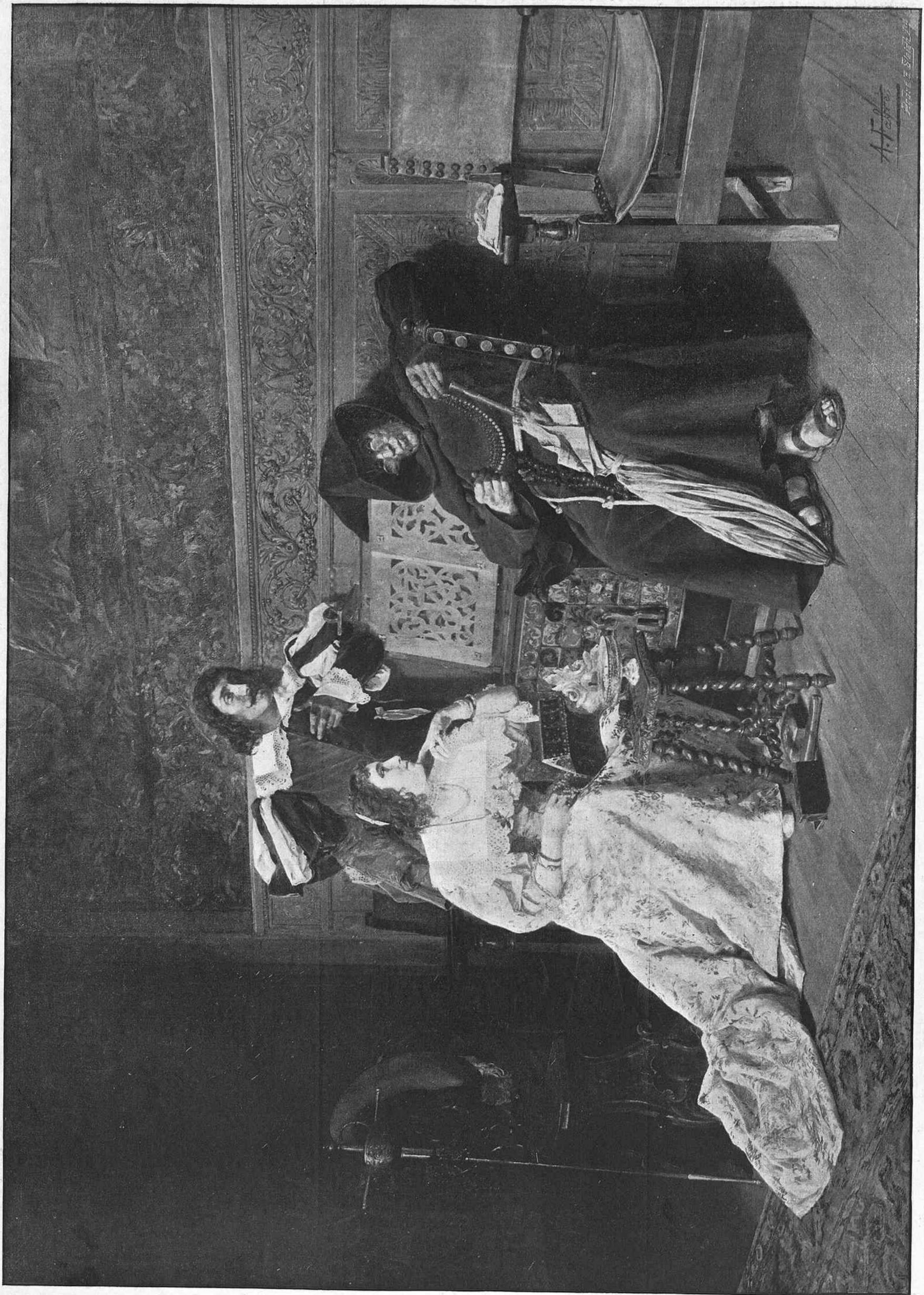


La carta del emperador al príncipe regente de Inglaterra, escrita en la isla de Aix en 14 de julio de 1815, va firmada *Napoleón*



Desde Longwood (isla de Santa Elena) Napoleón escribió en 11 de diciembre de 1816 al conde Las Cases, que había sido su compañero de cautiverio, una carta consolándole á consecuencia de la orden que le había sido dada de abandonar la isla. Esta circunstancia causó gran pena á Napoleón y al conde. La firma de esta carta fué la primera que puso en Santa Elena y reproduce el nombre completo.





OFRENDA A LA VIRGEN, cuadro de Antonio Fabrés, premiado con mención honorífica en el último Salón de los Campos Elíseos de París



REY DE ARMAS, cuadro de Antonio Fabrés (Salón de los Campos Elíseos de París. 1835)



MONUMENTO ERIGIDO RECIENTEMENTE EN HONOR DE BOUSSINGAULT, en el patio del palacio de Artes y Oficios de París, obra de Dalou

NUESTROS GRABADOS

El desayuno de la muñeca, cuadro de W. Sprenger. - Tiene la cara de la niña de este cuadro toda la ingenuidad que requiere la situación de la rapazuela tal como el artista nos la presenta, situación que no hemos de describir porque harto se expresa con sólo mirar el cuadro y leer el título del mismo. Tampoco es preciso hacer resaltar las bellezas de la figura de la chiquilla, cuya carita encuadrada por rubia y rizada cabellera es de una dulzura tal que, como vulgarmente se dice, se la comería á besos el menos aficionado á la gente menuda. La obra de Sprenger es un conjunto de primores de expresión y ejecución, que seduce y revela en el artista sentimientos delicados, pues sólo quien los posee en alto grado puede trazar una composición como ésta, en que la mano, más que por la inteligencia, ha de ser dirigida por el corazón.

Ofrenda á la Virgen.- Rey de armas, cuadros de Antonio Fabrés. - ¿Qué podemos decir de nuestro querido y asiduo colaborador que no hayamos dicho en las muchas ocasiones en que LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se ha honrado publicando sus trabajos? Nunca ha pecado Fabrés de perezoso; pero desde que ha fijado su residencia en París, su actividad parece haberse redoblado, impulsada por esta fiebre artística que como en ninguna parte reina en la capital de Francia y estimulada al propio tiempo por el alto aprecio en que son tenidas sus producciones, así por la crítica, que no cesa de alabarlas, como por los aficionados, que las adquieren sin reparar en el precio.

Las dos que hoy reproducimos y en las cuales se admiran las maravillas de ejecución y los prodigios de color que en Fabrés son proverbiales, han llamado con justicia la atención en el Salón de los Campos Elíseos de París del presente año, en donde una de ellas, *Ofrenda á la Virgen*, ha merecido ser premiada con mención honorífica, distinción por la cual muy cordialmente felicitamos á nuestro ilustre paisano que tan alto ha puesto en el extranjero el pabellón del arte pictórico español.

Monumento á Boussingault, obra de Dalou. - Una conmovedora ceremonia reunió hace pocos días á un gran número de sabios, en su mayor parte profesores del Conservatorio de Artes y Oficios de París, alrededor del monumento erigido á la memoria de su antiguo maestro Juan B. Boussingault, el creador de la química agrícola. M. Schloesing, del Instituto; el coronel Laussedat, director del Conservatorio, y M. Gadaud, ministro de Agricultura que en representación del gobierno asistió al acto de la inauguración, pronunciaron elocuentes discursos encomiando los grandes merecimientos de aquel sabio tan ilustre como modesto.

El monumento, obra de Dalou, cuya reproducción damos en esta página, es de concepción sencilla al par que grandiosa: se compone de una columna de mármol rosa sobre la cual descansa el busto de Boussingault, y en cuya base una matrona sentada simboliza la ciencia; al pie de esta figura se ven amontonados alambiques y retortas que aquella señala con la mano á

un Labrador apoyado en su pico, como indicándole que allí está el secreto de los ricos cultivos y la esperanza de las futuras cosechas.

Juan Bautista Boussingault nació en París en 2 de febrero de 1802. Al salir de la escuela de minas de Saint-Etienne, una compañía inglesa nombróle director de algunas minas de la América Austral: de sus viajes en aquellas regiones tropicales sacó muchas observaciones altamente útiles para la ciencia. Agregado al estado mayor de Bolívar, recorrió la provincia de Venezuela y las comarcas situadas entre Cartagena y la desembocadura del Orinoco, y á su regreso á Francia fué nombrado decano de la facultad de Ciencias de Lyon. Profesor de química en 1839 sustituyó á Dumas en la Sorbona y reemplazó á Huzard en la Academia de Ciencias. A Boussingault se debe en parte la apreciación comparativa de los abonos por el dosage del ázoe, y en colaboración con Dumas determinó las proporciones exactas de los principios constitutivos del aire atmosférico y practicó útiles investigaciones acerca del papel que los distintos vegetales desempeñan en la alimentación de los herbívoros. Finalmente á él se debe un nuevo método de preparación del oxígeno por medio de la barita.

Entre sus obras más notables merecen citarse: *Memoria sobre los medios de comprobar la presencia del arsénico en el envenenamiento por este tóxico; Economía rural considerada en sus relaciones con la química, la física y la meteorología, y Ensayo de estadística química de los seres organizados.*

Mr. Onslow Ford y Mr. Richmond, recientemente elegidos individuos de la Real Academia de Londres. - La Real Academia de Londres es una corporación eminentemente conservadora, y á fuer de tal estacionaria, sin que ni las reiteradas observaciones de la prensa ni la opinión pública la hagan salir de su estacionamiento. Sin embargo, en las últimas elecciones de dos nuevos individuos ha roto en parte con su rutina, pues aunque ni Mr. Onslow Ford ni W. B. Richmond son jóvenes, ambos pertenecen, en cuanto á tendencias artísticas, á la joven generación.

Mr. Richmond es un pintor que ha dividido sus energías entre la antigua Galería Grosvenor, la Nueva Galería y la Academia Real. Tiene marcada inclinación á los asuntos clásicos y mitológicos, que le permiten hacer gala de sus aptitudes de brillante colorista; pero por esto mismo, porque nunca ha pintado cuadros de escenas populares ni del gusto del día, es decir, porque no trabaja para merecer el aplauso de las muchedumbres, apenas han alcanzado fama los numerosos cuadros que ha exhibido en todas las exposiciones. A pesar de esta falta de popularidad, como Mr. Richmond es un artista de conocimientos nada vulgares y de mucha conciencia, la Academia ha obrado cuerdamente al darle entrada en su seno, y aun es de augurar que andando el tiempo llegue á ser su presidente.

Mr. Onslow Ford es más joven que Mr. Richmond, y más que artista genuinamente nacional podría calificarse de extranjero por sus gustos é inclinaciones. Empezó por ser pintor, y estudió en Amberes y en Munich; pero conociendo que sus

Colocación de la primera piedra de la catedral católica de Westminster. - Los ardientes deseos desde hace muchos años sentidos por los católicos ingleses comienzan á realizarse con la construcción de la catedral de Westminster, cuya primera piedra colocó solemnemente el día 29 de junio último el cardenal Vaughan. Al final de la ceremonia que nuestro grabado reproduce rezáronse las letanías, y el cardenal Logue celebró el santo sacrificio de la misa *corum episcopo*, después de la cual una procesión compuesta de benedictinos, franciscanos, jesuitas, pasionistas, dominicanos, redentoristas y sacerdotes seculares recorrió el perímetro del nuevo templo, mientras un coro entonaba el *O Roma Felix* y el *O Salutaris*.

El terreno en que ha de levantarse la catedral costó 59.000 libras esterlinas (1.475.000 pesetas), de las cuales el cardenal Vaughan pagó 18.000, el duque de Nordfolk 10.000 y el resto entre otras ocho personas. El coste del edificio, proyectado y dirigido por el arquitecto Mr. J. Bentley, será de 150.000 libras. La suscripción abierta para cubrir esta cantidad alcanza por ahora á la suma de 78.000 libras. Las dimensiones del templo serán de 350 pies de largo, 156 de ancho y 90 de alto, ocupando una superficie total de 54.000 pies cuadrados.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.- MUNICH. - En la exposición celebrada recientemente en el Palacio de Cristal ha sido premiado con medalla de primera clase el relieve *San Francisco curando á los leprosos*, de Agustín Querol. Felicitamos de todas veras á nuestro querido amigo y asiduo colaborador por la altísima cuanto merecida distinción de que ha sido objeto en certamen tan reñido y tan importante como el de Munich, adonde concurren todos los años los más afamados artistas europeos. La obra premiada la conocen ya nuestros lectores por haber sido reproducida en el número 523 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Teatros. - En Baden Baden se ha estrenado con grandísimo éxito la versión alemana del drama *Mariana*, de D. José de Echegaray. Dos días después del estreno, la misma compañía que lo puso en escena en Baden dió una representación de la obra en Heidelberg ante un concurso compuesto en su mayor parte de periodistas y escritores alemanes: el éxito fué también allí inmenso, y la crítica hace grandes elogios de la hermosa producción del eminente dramaturgo español.

- Mascagni está trabajando actualmente en una nueva ópera de un acto, *El Viandante*, cuyo libreto está tomado de *Le passant*, de Coppée, y que se pondrá en escena en el próximo otoño.

- Arrigo Boito ha terminado su ópera *Nerón* que se estrenará el año que viene en Bolonia.

- Leoncavallo ha terminado la ópera *El Rolando de Berlín*, que le encargó el emperador de Alemania, á quien dentro de poco hará entrega de ella personalmente.

Barcelona. - Ha terminado sus tareas la compañía de María Guerrero, que con tanto éxito ha actuado en el teatro de Novedades: en la noche del beneficio de la Srta. Guerrero estrenóse la preciosa comedia de Moreto *El vergonzoso en palacio*, interpretada de una manera admirable por la beneficiada y el señor Díaz de Mendoza, á quienes el público tributó una ovación entusiasta que se reprodujo en la noche de despedida de la compañía. Actualmente funciona en el mismo coliseo la compañía italiana de Tomba, que consigue muchos aplausos en las representaciones de ópera, ópera cómica y opereta. En el Tivoli se activan los ensayos de la ópera de Bretón y Felix y Codina *La Dolores*, que se estrenará en breve.

Necrología. - Han fallecido: Valentín Ball, célebre geólogo irlandés, director del Museo nacional de Dublín. José Muller, profesor de Filología clásica en la Universidad de Turín, notable helenista. Juan Deiker, pintor de animales alemán. Teodoro Hormann, notable paisajista austriaco.



MR. E. ONSLOW FORD,



MR. W. B. RICHMOND,

recientemente elegidos individuos de la Real Academia de Londres

aptitudes le llamaban más bien á la escultura, á los veintitrés años abandonó los pinceles por el cincel, é hizo bien, pues sus estatuas y monumentos le han deparado más gloria y provecho que sus cuadros. Suyos son el monumento de Shelley, el de Hámlet en Guildhall, la hermosa estatua del general Gordon jinete en un camello y otras muchas estatuas y bustos celebrados. La fama que va adquiriendo este escultor hará sin duda que sus obras se multipliquen en Londres, donde hoy son muy apreciadas.

Aristides Verneuil, famoso cirujano francés, ex profesor de la facultad de Medicina de París. Juan Duntze, notable paisajista alemán. Giacomo Franco, director de la Academia de Bellas Artes de Venecia, notable arquitecto y autor de varias obras de bellas artes. Guillermo. Kleinenbroich, retratista y pintor de género alemán. Heinz Heim, pintor alemán.



Me presentó su mano grande, callosa y robusta, y yo puse en ella la mía resueltamente, firmando así mi contrato

LA SEÑORA FLORENT

NOVELA ORIGINAL DE CAMILO BRUNO. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

A continuación de esto, fui á ver cómo daban de comer á las gallinas; Cadiche era su criada al mismo tiempo que la mía, y después de haberles dado su ración de grano, sirviome á mí un tazón de leche. Terminado el desayuno, quise ver al pequeño Claudio trabajar en los quesos, y luego recé mis oraciones ante una cruz rota que había en el ángulo de la chimenea; y no quise alejarme más, prefiriendo evitar todo encuentro antes de convertirme en Clarita. No faltaba mucho para esto, pues había dejado al aya en disposición de arreglar á mi medida las ropas de

Dorotea. Cuando volví ya estaba hecha la cosa; me puse al punto mi traje, y la canonesa hizo lo mismo. Con la cofia y la gorguera, el aspecto de mi aya era por demás extravagante. Yo tenía una falda rayada, una casaquilla con dibujo de ramaje y una de esas pequeñas caperuzas que cada cual se pone á su antojo. En cuanto pude juzgar por el mal espejo de la granja, aquel traje distaba mucho de afearme.

Por la tarde me instalé delante del hogar con mis madejas de seda, pues quería preparar alguna cosa para ganarme el pan en los tiempos difíciles y de-

volver á Simón, el día en que le viese apurado, lo que él me adelantaba. Habíame ocurrido la idea de ocuparme en la granja, ayudando en los trabajos manuales; pero muy pronto reflexioné que aquel exceso de celo sería ridículo y ofendería tal vez á mi labrador en su dignidad de patrón. Por lo tanto, me limité á bordar mis telas, persuadida de que un trabajo de gran dama sería siempre bien remunerado. Cuando se hizo de noche, charlé algún tiempo con Pamela, y palmatoria en mano, recorrí todas las habitaciones de la granja, donde hallé muchos objetos que

me admiraron. Hecho esto, dí al fin una lección de catecismo al pequeño Claudio.

Simón volvió de la ciudad silencioso y preocupado, y Cadiche me dijo que siempre le sucedía lo mismo los días de reunión pública. Continuó sirviéndonos a la mesa, y después de cenar, como él había comido ya en Blois, le autoricé para que nos hiciera compañía durante la velada; pero se excusó, pretextando que debía hacer algunas cuentas, discreción que yo le agradecí. Simón había traído la *Gaceta*, se la pedimos, y Pamela me dió lectura después que el joven se hubo retirado. Allí estaba transcrita la ley sobre los emigrados, y decíase en ella que todos cuantos regresasen después del 1.º de enero serían castigados con la muerte; los que volvieran antes, participarían del beneficio de una amnistía.

— Por fortuna, dijo Pamela interrumpiéndose, usted no ha desaparecido, ni emigrado tampoco.

— Yo no soy ni siquiera una desaparecida, ni soy nada, puesto que no se ha hecho mención más que de mi tío como propietario del patrimonio de la familia; pero aunque me hallase inscrita en la lista de los emigrados, mi asunto no hubiera sido peor, pues tendría, como ellos dicen, el beneficio de la amnistía presentándome antes del 1.º de enero.

— Eso no es seguro, porque no faltan personas á quienes se retiene en su casa por fuerza para impedir que se presenten antes de la fecha en que estarán fuera de la ley. Se pierde á los que se quiere perder y se falsifican los procesos verbales cuando se tiene mala voluntad contra los inocentes.

— ¡Oh! Si me descubren alguna vez, estaré bien segura de mi negocio, pues me harán pagar el crimen de haber despistado á mis lebreles.

— No crea usted eso; le será fácil, por el contrario, probar que no salió nunca de Malpuy.

— Pamela, repuse, no solamente se convierte usted en un legista profundo, sino que ve el porvenir de color de rosa, contrariamente á su costumbre. Apostemos á que la excelente sopa de que usted se atracó esta noche contribuye por mucho á su serenidad. Me agrada de veras este cambio, y le escucharía más tiempo de buena gana; pero sin que se ofenda, le diré que el sueño se apodera de mí. He trabajado mucho hoy, y á pesar de ello el día me ha parecido largo, sin que yo sepa en qué consiste.

— A fe mía, señorita, como no sea por la ausencia del gran Simón...

Esta broma me produjo tal acceso de risa, que los habitantes del gallinero se alarmaron; de modo que el cacareo de las gallinas acompañó á mis carcajadas.

Sin embargo, lo que Pamela había dicho era verdad, y yo lo eché de ver pronto. En ausencia de Simón, no podía hablar más que con mi aya, pues no había de contar con la conversación de una pastora bastante rústica y de un adolescente poco locuaz; y en cuanto á la solterona, con sus mezquinas ideas, su palabra insulsa y sus cuentos pueriles, ofrecíame muy escaso interés; pero si mi patrón estaba en casa, todo cambiaba de aspecto. Para distraerme no tenía que hacer más que enviar á buscarle y discurrir con él sobre cualquier asunto. Rústico y letrado á la vez, aquel joven ofrecía una curiosa mezcla de sencillez pensadora y de ingenuo énfasis, y por eso su manera de hablar le presentaba sucesivamente bajo distintos aspectos. Tan pronto era la bondad picaresca y jovial del aldeano moderno, como la magistral serenidad del pastor antiguo. Algunas veces, picado por una contestación, tomaba su impulso, haciéndose fuerte en la objeción posible; ó bien subía de tono, elevándose con imprevisto vuelo á regiones superiores. Los tribunos del día habían acostumbrado á sus sectarios á una especie de oratoria elocuente y á un tono de convicción de que el joven hacía uso entonces; pero tales momentos eran raros y duraban poco. Muy pronto volvía á ser el campesino, á quien le estaba bien rebuscar sus palabras, balbucear algunas sílabas, y por último, salir del apuro por alguna de esas sentencias que el hombre del campo tiene siempre de reserva, aplicables á todo asunto y que concluyen sin probar nada. Sin embargo, hablase como quisiera, él pensaba, á menudo profundamente y siempre con precisión. Entonces era él mismo: era sincero, interesante, como todo lo que tiene vida propia, y además profesaba un culto apasionado á mi persona. Jamás se jactó de ello; mas su conducta me lo probaba claramente, y esto me agradaba. A mí me sucedía en cierto modo lo que á esas pequeñas y bonitas culebras que se deslizan, brillantes y frías, bajo la bóveda oscura de las encinas, y que cuando las sorprende un rayo de sol se detienen al punto, poseídas de una nueva voluptuosidad. Rodeada de personas que me amaban poco, yo había vivido con el corazón seco, sin sufrimiento y sin alegría, pero desde el momento en que penetró en este corazón el calor de una fidelidad sin límites, sentí un delicioso orgullo y la

vida me pareció más hermosa. Seguramente esto no era entonces más que una sensación confusa, inexplicada; pero después, reflexionando mejor, creí haber encontrado la verdadera razón del contento que disfruté durante todo el tiempo de mi permanencia en la granja.

Llegó la Navidad, y por falta de sacerdote en los alrededores debí privarme de oír la misa. Por la noche insistí en que Simón nos acompañara á la mesa para comer el embutido tradicional; pero rehusó obstinadamente.

— ¡Qué quiere usted!, me dijo, yo tengo mis costumbres, que no son las de personas de su clase. No sé conducirme bien, corto el pan como se me antoja, machaco mis legumbres, y por mucho cuidado que pusiera incurriría en faltas y me habría molestado sin provecho alguno. Déjeme usted vivir á mi manera, aunque comprenda que su invitación es bondadosa.

El día 1.º de año, el joven labrador me presentó una especie de armazón de madera adornado de follaje, que representaba mi escudo de armas; los roeles se elevaban en relieve sobre un fondó de musgo; algunos granos de acebo formaban la faja, y en una banderola de madera de acacia se había esculpido laboriosamente la divisa *Mal ne puy*.

— Esta es una obra, señorita, como las que hacen todos los campesinos; no es muy hermosa, pero no deja de exigir trabajo, y esto sirve como felicitación de año nuevo.

— Me agrada mucho, contesté, porque es el único regalo que he de recibir; pero me parece que has renegado de todos tus principios al construir escudos. ¿No serías acaso ya demócrata?

Simón tomó el aire de un escolar á quien se sorprende en falta.

— No me haga usted hablar, señorita, repuso; no me agrada mentir, y cuando hablo con franqueza, comprendo que usted se resiente.

— ¿Por qué me he de resentir? Aquel que no puede dominar su pensamiento no merece la menor censura. Hubo un tiempo en que las teorías de tu partido me sedujeron; pero vuestra manera de ponerlas en práctica me ha hecho volver en mí, y debes convenir en que hay motivo para ello.

— ¡Ay de mí! Sí que convengo, y esto es precisamente lo que me aflige.

— Si no te haces ilusiones sobre los hombres de tu partido, no me extraña que vuelvas del club con tan triste aspecto.

— Efectivamente, raros son los días en que puedo evitar que los realistas tengan un nuevo motivo de horror por la buena causa.

— Pues entonces, cuando reparas las faltas de tus correligionarios, no lo haces únicamente por espíritu de justicia, sino para sincerar la Revolución...

— ¿Tiene por ventura un hijo más cuidados que el de hacer apreciar á su madre?

— Ya entiendo, repuse con expresión de malicia, y al fin sé por qué te interesa mi suerte. La condena de una persona como yo sería un baldón de infamia para tu ídolo, y tú me salvas para que la democracia no sea culpable de un nuevo crimen. ¿No es verdad esto?

— No, contestó con voz breve.

— ¿Pues qué es entonces?

— ¿No me lo pregunta usted, porque no sabría explicarlo bien, ni usted podría comprenderlo.

— Hete aquí ya pensativo, mi pobre Simón, repuse. Tal vez haya dicho alguna palabra de más; pero en tal caso ten la bondad de olvidarla. ¡Fuera la política, y vivan las personas honradas, vengan de donde quieran!

V

Malpuy fué puesto en venta en el transcurso del mes, y Simón le obtuvo por el precio que había calculado. Entre los vecinos que acudieron al acto de la subasta, ninguno observó mi ausencia; pues gracias á los acontecimientos, el personal de los alrededores se había renovado casi por completo. Solamente algunos habían conocido á mi tío, y como yo vivía muy apartada, pocas personas me habían visto, y cuando más, recordábase la existencia de una Aurora de Malpuy, única y legítima propietaria de aquella hermosa propiedad.

A contar desde el día en que mis tierras estuvieran bajo la dirección de mi protector, éste no nos hizo compañía tan á menudo. Según las necesidades del cultivo, pasaba el día en una ú otra de sus granjas, y con frecuencia dormía en ella para no perder tanto tiempo en idas y venidas. La granja de Thuilleries, situada á dos leguas de la nuestra, había llegado á ser su domicilio legal; allí recibía los diarios y las cartas y también las visitas. De este modo disminuían para nosotras las probabilidades de un encuen-

tro peligroso. Apenas arreglados sus asuntos, regresaba, informábase de cómo habíamos pasado el tiempo, y nos decía en qué había ocupado el suyo; hablábame de sus proezas rurales, y me consultaba como humilde intendente sobre la gerencia de mis tierras. Otras veces iba á la ciudad, y volvía cargado de noticias. En el mes de marzo nos anunció que iban á batirse en las fronteras, lo cual me inquietó un poco, pues la siega y la siembra comenzaban á parecerme cosa mucho más seria que los asombrosos hechos de armas. Comenzaba la primavera, y jamás me había parecido tan encantadora. No veía entonces retoñar las plantas y los árboles desde mi ventana de balaustrés ni desde mi alameda arenosa, sino en el seno mismo del campo, cuyo aire puro aspiraba por todos los poros. A cada movimiento, á cada mirada impregnábanme los penetrantes perfumes, y las tibias brisas me perseguían hasta mi habitación. Aquello era exquisito, y jamás la alegría de vivir, de ser joven y hermosa dilató tan dulcemente mi corazón como en aquella primavera de 1792.

Esto sorprenderá, y por poco más indignaría. Los que han leído la historia saben que ésta hace sus pinturas á grandes rasgos, dando á cada época un color uniforme. El período revolucionario se representa con negras tintas, y no se comprende que se pudiera vivir entonces poco más ó menos como en la actualidad; pero se ha de tener en cuenta que en el momento en que los actos más atroces iban á diezmar las filas de la nobleza, esta última, cansada de predicciones siniestras, comenzaba á olvidar el peligro. Se ha de pensar también que á los diez y nueve años la esperanza está arraigada en el alma, y que si en el castillo me contristaron cruelmente mi soledad y mis peligros, en la granja me juzgué segura, sabiendo que tenía un defensor. Además, hacer alarde de valor era para mí una coquetería, perteneciendo á una raza en que se aprecia la intrepidez hasta el punto de no odiar la arrogancia. A fuerza de reirse del peligro, la nobleza había comenzado á desdeñarle, y después le negó mientras que le fué posible. Cuando al fin debió rendirse ante la evidencia, juzgóse decente hacerse superior á la adversidad. No se estaba seguramente cansado de la vida; mas al fin y al cabo la muerte era considerada como cosa natural. Para todo hombre galante, la existencia era una dulce querida; pero si llegaba á hacerle traición, más bien que mendigar sus favores, todos sabían consolarse de perderlos. Muchas mujeres, y yo era una de ellas, pensaban en este punto del mismo modo.

Al fin llegó el verano, y apenas hubo cambio en mi género de vida, como no fuese que me paseaba más tiempo y más lejos á medida que iba conociendo mejor el campo. Algunas veces se dió el caso de que encontrase en el camino personas de mal aspecto; pero gracias á mi traje, nadie me inquietaba. En cuanto á los leñadores que me veían en los campos, mi rostro les seducía, y más de uno me preguntó con dulzura cómo me llamaba.

— Clarita, la criada de nuestro amo, contestaba yo ingenuamente.

Como Simón, convertido en castellano, se imponía á todo el mundo, la conversación no pasaba de aquí, y yo corría á reunirme con Pamela, prudentemente apostada más lejos.

Esta buena suerte no podía ser eterna, y día llegó en que tuve una prueba de ello.

Fué poco tiempo después de la jornada del 10 de agosto. Los terribles sucesos ocurridos en aquella fecha no llegaron á nuestro conocimiento sino por un diario jacobino, hábil para relegar á la sombra los desmanes de sus sectarios; y Simón, atento á nuestro reposo, había querido disimular la importancia de los hechos consumados. En resumen, no dudábamos que la situación se había agravado y que era indispensable un exceso de prudencia.

Seducidas por el esplendor de los campos bañados de sol, cierto día habíamos avanzado un poco más que de costumbre hacia los límites de la Coudraie, y costeábamos el foso de la cerca, cuando divisé, apoyado en la barrera, un hombre que nos miraba. Su cinturón azul, su gorro encarnado y su aspecto soldadesco y harapiiento indicáronme pronto á qué clase de gente pertenecía. Yo aparenté no verle y retrocedí sin apresurarme; pero el hombre gritó con voz ruda:

— ¡Ciudadana, eh, ciudadana!

Volví la cabeza, y Pamela retrocedió un paso; pero la retuve con fuerza, diciéndola en voz baja:

— ¡Audacia! La fuga nos perdería.

Tanto por respeto humano cuanto por su confianza en mi palabra, Pamela se quedó.

— ¿En qué puedo servirte, ciudadano?, pregunté yo, mirándole muy de frente, lo cual es eficaz para las fieras y podía estar de más con un demagogo.

— ¡Oh, no gran cosa!, replicó el hombre con tono

socarrón; solamente quisiera saber si eres de veras Clarita, la criada de la Coudraie.

- Tú lo has dicho, ciudadano, yo soy Clarita, y ésta es mi compañera la Griotte.

- La Griotte, repitió mi aya con voz ahogada.

Yo solté la carcajada, aunque jamás había tenido menos deseos de reirme.

- Estás acatarrada, pobre Griotte, dije á mi compañera; has permanecido conmigo demasiado tiempo en el lavadero esta mañana.

- ¡Vamos, vamos, hermosa, repuso el hombre con tono burlón, tú quieres pegármela con tu lavadero! Se conoce que no te mata el trabajo, pollita, pues tienes las manos de gran dama, y hueles bien como la pradera.

Fijé en mis manos una rápida mirada, y por primera vez en mi vida me admiró su blancura. Por fortuna, las de Pamela eran de color de tomate maduro, y las mostré con aire de triunfo á nuestro inquisidor.

- ¡Pardiez!, exclamó el hombre; no necesitas pruebas, bien se ve que esa vieja hinca el hombro; pero tú no haces nada, hermosa mía, y me pareces en todo una princesa que se oculta bajo un disfraz.

De pronto me ocurrió un expediente muy arriesgado sin echar de ver toda mi osadía.

- ¡Diantre!, repuse con tono coquetón, las viejas trabajan, y es cosa que está en el orden; pero ya comprenderás que á mi edad se deja una mimar por un buen amo.

El quídam soltó una ruidosa carcajada.

- ¡Ah, ah! ¡Esas tenemos! ¡Diablo de Simón, que representa á Catón y es un Sardanápalo!

Y tomando después un tono solemne, añadió:

- Haré justicia de ese escándalo, porque la nación quiere que la sirvan manos puras, y la compañera del buen ciudadano debe estar unida con él por las leyes del matrimonio. Yo, Escipión el Censor, comprobaré lo que has dicho, y si la virtud no reina en tu corazón y el suyo, borraré vuestros nombres en el libro de memoria.

Dichas estas extravagantes palabras, el hombre tomó de su cinturón una calabaza y vacióla de un trago, sin duda como libación á la virtud. Después inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó sumido en un pesado sueño. Hasta entonces no comprendí que estaba ebrio, y alejéme, atrayendo á Pamela, que apenas podía tenerse en pie.

Durante la comida referí mi aventura á Simón, sin decir nada sobre el singular expediente de que me había valido, ni de la filípica que me endilgó aquel demagogo. Comprendí por su expresión que desaprobaba que me hubiese alejado tanto; pero contenido por el respeto, no se permitió la menor censura. Muy por el contrario, me tranquilizó sobre las consecuencias probables de mi calaverada.

- Ese Escipión, dijo, no osaría acosar á usted en mi granja, y no tiene ningún motivo para ocuparse de mí, puesto que no le he tratado nunca. Es un vocinglero y un haragán, esclavo de quien le paga. Dado á todos los vicios, demuestra tan feroz intolerancia para los del vecino, que casi ha llegado á tener renombre de virtuoso. En resumen, sus actos tenebrosos no han merecido nunca más que una torpe sanción. Si viene á la granja le daremos de beber, y todo habrá concluído.

Agotado este enojoso tema, abordé otros asuntos; pero muy pronto debí callar por falta de respuesta. Simón no me escuchaba apenas, y sus miradas se fijaban obstinadamente en la ventana. Esto me infundió una vaga inquietud; para que mi protector fuese descortés, era necesario que algo le preocupase vivamente, y yo quise tener la clave del misterio.

- ¿Por qué estás tan agitado, preguntéle, será acaso que?....

- ¡Espere usted!, contestó asomándose á la ventana, me parece que lo veo.... ¡Sí, eso es! Ahora sé ya á qué debo atenerme.

Y volvió á sentarse, muy inquieto al parecer, mientras que yo me asomaba á mi vez. En el camino de Blois, una luz rojiza brillaba en la punta de un mástil, y al cabo de un instante se extinguió.

- Se ha votado la ley, dijo Simón; una señal convenida debía anunciármelo al punto. Ha sucedido lo que yo pronostiqué. ¡Ojalá pueda la patria salir con gloria!

- ¿Qué nueva ley es esa?, preguntéle. Habla sin rodeos. Yo no me atemorizo ante el hecho brutal; pero las retencencias me enervan, y mi imaginación va por la posta cuando se quiere ponerle trabas.

- Ya lo sé; usted es de aquellas á quienes se puede decir todo. Oiga usted, pues.

Se trataba de la famosa ley de sospechosos. Después de explicármela detalladamente, Simón añadió:

- Los patriotas esperan, intimidando á los realistas, salvar nuestras libertades comprometidas por las

sublevaciones vendeanas, y esto es matar su causa por exceso de celo. El dique está abierto al torrente popular, y la oleada sumergirá á quien trate de contenerla. ¡Benditos sean los escrúpulos que me impidieron tomar una parte activa en los acontecimientos! Me hubiera sido forzoso separarme de mi partido para votar según mi conciencia.

Simón se paseó de un lado durante algunos momentos, como tenía de costumbre en sus horas de vacilación, y después se acercó á mí.

- Nada debe usted temer aquí, dijo. Lo peor que puede ocurrir es que nos hagan una visita domiciliaria; pero no hay cuidado, porque no es en la casa de un patriota donde hallarían indicios acusadores.

- ¿A qué llamas indicios?

- Papeles, retratos..., ¿qué sé yo? Por ejemplo, escudos como aquel que hice para regalar á usted el día de año nuevo, y que se redujo á polvo al otro día cuando el huracán le arrojó á tierra.

Estas palabras despertaron mi atención.

- Pero tú no eres tan sólo dueño de la Coudraie, repuse, sino que el castillo te pertenece legalmente, y Dios sabe cuántos escudos y pergaminos habría en mi pobre Malpuy. ¿Has pensado siquiera en destruirlos?

- ¿Por quién me toma usted? Malpuy no es mío; y por otra parte, yo creí que usted deseaba conservar esos emblemas.

- Lo que yo deseo es que no recaiga sospecha alguna sobre tu persona, y esto es todo. Ve á buscar tu palo, y condúceme ahora mismo al castillo. Yo te indicaré todos los lugares donde la malevolencia podría hincar el diente, y terminaremos este asunto en el acto. Ven; la operación se efectuará más pronto ayudándonos uno á otro.

- Puesto que lo toma usted así, me conformo. De este modo habrá un cargo menos contra usted si alguna vez averiguan quién es.

Juzgué inútil invitar á mi aya á ir conmigo para presenciar aquel holocausto, que le hubiera lacerado el corazón, y marché escoltada de mi protector, que llevaba, no la leña del sacrificio, sino los útiles necesarios para las operaciones proyectadas.

No sin emoción volví á

ver mi antigua mansión,

no deteriorada, como yo

temía, sino en buen estado

de conservación y más se-

ductora que nunca. Había-

se borrado toda señal afflic-

tiva de vetustez, dejando,

para mejor recreo de la

vista, todos los parterres li-

bres al capricho de la na-

turalaleza; así es que los ár-

boles crecían en todos sen-

tidos, fuera de la línea rígi-

da en que nuestro jardinero

los había mantenido cauti-

vos. Tranquilizado por la

ausencia de paseantes, un

pueblo de pajarillos vivía

allí alegremente; mientras

que los espinos, tomándo-

se libertades con las esta-

tuas, hacían correr verdes

guirnalda sobre sus pechos

de mármol. El agua de los

fosos se había agotado, y

la hierba había crecido, for-

mando una verde alfombra,

paseo preferido de las ga-

llinas. En el recodo de un

sendero veíase la tumba

del caballero completa-

mente blanca, sembrada de

nuevas flores. Me arrodillé

para rezar una oración, y mi

acompañante esperó de pie

con la cabeza descubierta.

- Amigo mío, díjele al

levantarme, una religiosa muy sagaz me dijo en otro

tiempo que nadie debe volver á su casa de impro-

viso, y tú me pruebas lo contrario. Semejante pro-

ceder me conmueve, redoblando el afecto que me

inspiras.

Simón miraba al suelo, y parecía muy ocupado en

socavarle con la punta de su palo. Cuando hubo

abierto un agujero bastante ancho, volvióse hacia mí,

levantando la cabeza.

- ¡Vamos al castillo!, díjome.

Púseme en marcha, y no pude menos de sonreír

por el extraño proceder que á veces afectaba respecto

á mí.

- Estamos de suerte, me dijo apenas franqueamos

el umbral; el guardián está ausente, y nadie sospechará nuestra visita.

- Excepto ese cancerbero, repuse yo, señalando un corpulento mastín que tiraba de su cadena para lamer las rodillas á Simón.

- ¡Oh! Ese es un guardián fiel y mudo; otro tanto puedo decir del hombre á quien he confiado la custodia de Malpuy. El pobre viejo, que es el padre de Cadiche y de Claudio, no la hubiera denunciado á usted. Todos saben quién es usted; pero se dejarían matar antes que hacer daño alguno á la que vive bajo mi techo.

En las habitaciones, solamente una nube de polvo revelaba el abandono de sus dueños. Cada cosa se hallaba en el sitio de costumbre, y mi habitación era la mejor conservada de todas. Algunas veces se abrían las ventanas, y el desagradable olor de los aposentos cerrados se sustituía por el perfume de las rosas trepadoras; una de ellas, llegando graciosamente hasta el nivel de mi brazo, me hizo recordar aquella rosa de Navidad que había encontrado al paso al abandonar el castillo, y puse en mi cintura la flor que me acogía á mi regreso.

Después de esto, pusimos manos á la obra. Visto de cerca, el trabajo me pareció más penoso de lo que yo hubiese creído, pues por lo pronto era necesario destruir los escudos en la parte superior de todas las puertas. Simón cogió la escalera y dió principio á la obra; mientras yo examinaba los legajos de papeles de toda especie: cartas de nobleza, nombramientos del rey, cartas feudales, todo en fin, era arrojado á un fuego de sarmientos encendido para el caso.

- ¿No te parece, Simón, dije yo sonriendo, que esto es consumir un acto singular? *La nobleza destruyendo sus insignias con ayuda del pueblo.* ¡Buen asunto para un cuadro emblemático!

Simón, no comprendiendo muy bien lo que yo quería decir, me contestó por lo que había entendido.

- ¿Un cuadro?, repitió. Seguramente que se habrán de sacrificar algunos, el de la reina, esa coronación de Luis XVI..., en fin, todo eso se puede retirar; pero siempre quedarán esas malditas baldosas de la capi-



Pamela

lla para decir á los jacobinos que los abuelos de usted murieron al servicio de su rey. ¡Qué ocurrencia fué grabar eso tan profundamente!

- ¡Es nuestro orgullo!, repliqué con viveza. El pasado de nuestra raza nos tranquiliza, y lo que es más aún, nos obliga.

Simón guardó silencio, y yo continué la destrucción de mis pergaminos.

- Mira, le dije un instante después, aquí tienes una carta de mi abuelo materno, escrita durante la jornada de Fontenoy bajo el fuego de las balas que silbaban aún. Dice á su esposa.... ¡Pero á qué referirte ese rasgo, á ti que odias á la nobleza!

(Continuará)



RETRATO DE FELIPE IV, por Velázquez,
que se conserva en la Galería de Dulwich (Inglaterra)



FLORISTA ESPAÑOLA, cuadro de Murillo,
que se conserva en la Galería de Dulwich (Inglaterra)

TRES JOYAS ARTÍSTICAS

De tales merecen ser calificados los tres cuadros cuyas reproducciones publicamos en esta página. Pertenecen los dos primeros a Velázquez y a Murillo y se conservan en la Galería de Pinturas del colegio de Dulwich, pintoresco pueblecito situado en las inmediaciones de Londres: esta Galería fundóse merced al donativo de doscientos cuadros que en 1688 legó en testamento al colegio un tal Guillermo Cartwright, la mayor parte de los cuales fueron, empero, robados por los criados del testador para cobrarse una pequeña cantidad que éste, según parece, les debía. Los setenta u ochenta que dejaron, en su mayoría retratos, fueron el núcleo de este museo que pronto se aumentó con el donativo de la famosa colección Bourgeois, compuesta de unas cuatrocientas pinturas coleccionadas por el famoso negociante en objetos de arte Desanfans y cedida por éste, al morir, a su amigo Sir Francisco Bourgeois, el cual, a su vez, la regaló al colegio de Dulwich.

Esta Galería, que siguiendo una tradicional costumbre es visitada todos los años por los individuos de la Real Academia de Londres, contiene hermosísimos ejemplares de las antiguas escuelas española, flamenca, alemana é italiana: en ella se admiran junto a un Murillo un interior de Ostade, cerca de un paisaje de Cupy ó de Wouerman un Felipe IV de Velázquez, junto a un retrato de Van Dyck un paisaje de Hobbema ó de Claude y no lejos de un retrato de Juan Kemble una de esas escenas populares del genial Teniers. En presencia de tantas obras maestras la crítica enmudece y sólo para la admiración hay espacio, admiración producida tanto por la vista de aquellas maravillas cuanto por la consideración de que no pocas de ellas, á pesar de sus tres siglos de fecha, tienen todas las bellezas y condiciones que hoy pretenden hacer pasar por nuevas algunos idólatras del modernismo.

La importancia de la Galería de Dulwich queda plenamente demostrada con decir que un reputado crítico inglés, después de afirmar que como pocos museos se presta aquél al estudio de la historia y de los progresos del arte pictórico, añade que suple muchas deficiencias de la Galería Nacional de Londres. Y sabido es cuántos tesoros artísticos encierra la grandiosa pinacoteca de Trafalgar Square.

El otro cuadro que en esta página reproducimos es el retrato de Lady Mulgrave, pintado por Gainsborough: sus dimensiones son de 80 centímetros de alto por 65 de ancho. En 1882 fué vendido por 1.070 guineas (unas 27.000 pesetas), y en una subasta recientemente verificada en Londres, en la que había sido tasado en 5.000 guineas (127.250 pesetas), fué adquirido en 10.000 por Mr. Campbell. La dama retratada fué esposa de Constantino Phipps, segundo barón de Mulgrave, quien se casó con ella en 1787.

Tomás Gainsborough nació en 1727 en Sudbury (condado de Suffolk). Hijo de un comerciante, sintió desde muy niño horror á la existencia prosaica de sus padres, de quienes al fin consiguió que lo enviaran á Londres á la edad de doce años: entró en la escuela de Gravelot, dibujante y grabador francés establecido en la capital inglesa, quien admirado de las condiciones que al niño adornaban hizo de él su discípulo predilecto. Gainsborough prosiguió y perfeccionó sus estudios en la Academia de San Martin's Lane primero y bajo la dirección de Frank Haytman después, y terminada su educación artística fué á establecerse en Hatton Garden, dedicándose á pintar retratos de pequeñas dimensiones y paisajes.

Su matrimonio con una mujer relativamente rica le permitió retirarse á Ipswich primero y después á Bath, en donde fijó su residencia en 1758 y continuó pintando retratos, género en el que muy pronto conquistó gran renombre. En 1774 trasladóse á Londres, en donde falleció en 1778.

Gainsborough es con razón considerado como uno de los grandes maestros iniciadores de la escuela inglesa: en el retrato sobrepujó Reynolds, pero en el paisaje no tuvo rival. Desde su infancia sintióse atraído por las bellezas de la naturaleza; gustábase correr por las llanuras y perderse en la soledad de los bosques, y sin más guía que su instinto artístico reproducía las escenas y los objetos que á sus ojos se ofrecían. Los primeros cuadros de este género que expuso produjeron general admiración: eran dos verdaderas perlas, llenas de sentimiento, de luz, de verdad, que revelaban un mundo nuevo en el arte inglés, porque todo en ellos respiraba poesía y todo tenía los encantos de la realidad.

Casi todas las obras de Gainsborough se conservan en Inglaterra, en poder de acaudalados aficionados ó en los museos públicos. Del alto aprecio en que son tenidas es buena prueba la suma en que ha sido vendido el retrato de Lady Mulgrave.

Para completar estas ligeras noticias referiremos algunas anécdotas de la vida de Gainsborough. Siendo niño, hallábase un día en el jardín de su padre dibujando, oculto entre un grupo de arbustos, un emparado: de pronto aparecieron por encima de la pared la cabeza y el brazo de un aldeano que creyendo no ser visto de nadie púsose á coger á toda prisa los racimos maduros. El joven artista no dió un grito ni hizo el menor movimiento, sino que por el contrario, sorprendido por la expresión del rostro del merodeador, iluminado por el sol, reprodujo tan fielmente aquel semblante, que su padre al verle exclamó: «¡Calle, pues si es Tom Peartree!» Imagínese el lector el asombro del ratero al ver descubierto su delito por el lápiz de un niño.

Después de su primera estancia en Londres regresó á casa de su padre: tenía entonces diez y ocho años. Una mañana trabajaba en un bosque trasladando al lienzo un hermoso grupo de árboles á cuya sombra pacía una manada de carneros



RETRATO DE LADY MULGRAVE, pintado por Gainsborough
y recientemente vendido en Inglaterra por 10.000 guineas (250.000 pesetas)

Después de su primera estancia en Londres regresó á casa de su padre: tenía entonces diez y ocho años. Una mañana trabajaba en un bosque trasladando al lienzo un hermoso grupo de árboles á cuya sombra pacía una manada de carneros

y por entre cuyas ramas revoloteaban algunas palomas silvestres, cuando acertó a pasar una joven que caminando lentamente cogía flores con las cuales hacía un ramo. El artista, sintiendo que aquella figura aumentaba la belleza del paisaje, copiaba en el cuadro tal como la veía. De vuelta en su casa habló con tanta pasión de su aventura, que sus padres comprendieron que algo más que la emoción artística dictaba sus palabras, y así era en efecto. La joven, que se llamaba Margarita Burr, tenía diez y seis años y pertenecía a una acomodada familia escocesa, fué al poco tiempo la esposa de Gainsborough.

Sentía éste tanta pasión por la música y tenía para ella tal disposición, que sin recibir lecciones de nadie aprendió el violín, llegando á ser maestro en este instrumento. En cierta ocasión, el coronel Hamilton tocaba el violín en casa de Gainsborough, quien llevado de su entusiasmo exclamó: «Continuad, continuad, coronel, y os regalaré el cuadro que tantas veces me habéis rogado que os vendiera.» Prosiguió tocando el concertista, y el pintor escuchóle emocionado hasta el punto de saltársele las lágrimas y con una atención, un silencio y una inmovilidad que bien á las claras

demostraban la admiración que sentía. Cuando el coronel hubo terminado la pieza, Gainsborough fué á buscar el cuadro y lo hizo llevar al coche de aquél.

Sus éxitos, que de día en día aumentaban, permitíanle satisfacer sus caprichos y dar expansión á su natural generosidad. Si se detenía delante de alguna cabaña y rogaba á sus moradores que le sirvieran de modelo por algunos instantes, al marcharse podían con razón bendecir aquellas gentes la buena suerte que les había caído con poder servir á sujeto tan divino.

Alentaba á los artistas y músicos jóvenes que le gustaban; en cambio, mostrábase rudo y violento con todos los que, ricos ó pobres, le eran antipáticos. Aunque su educación literaria había sido muy deficiente, su talento natural y sus cualidades morales hicieron que su amistad fuese solicitada por los hombres más ilustres de su tiempo, entre ellos el doctor Johnson, Burke y Sheridan.

Cuando sintió próximo su fin, preparóse con toda serenidad para la muerte: manifestó su deseo de que le enterraran en el cementerio de Kew, cerca de su amigo Kirby, ordenó que no se pusiera en su tumba

más inscripción que su nombre y envió á buscar á su colega, el no menos que él famoso pintor Josuah Reynolds. Cuando éste llegó á su presencia Gainsborough rogóle que olvidara todos los resentimientos que entre ellos habían existido y se despidió de él diciéndole: «Los dos iremos al cielo y con nosotros irá también Van Dyck.»

Gainsborough murió en 2 de agosto de 1788: Sheridan y Reynolds acompañaron sus restos mortales hasta el cementerio. Así pudo realizarse su deseo, manifestado en cierta ocasión á Sheridan, de que un hombre ilustre le acompañara después de su muerte hasta la tumba.

Sir Josuah Reynolds, en el discurso pronunciado en la Real Academia de Londres cuatro meses después del fallecimiento de Gainsborough, decía entre otras cosas: «Si algún día nuestra nación demuestra bastante genio para merecer el honor de ser considerada como creadora de una escuela inglesa, el nombre de Gainsborough pasará á la posteridad, en la historia del arte, entre los primeros artistas que habrán contribuido á esa gloria nacional cuya aurora vislumbramos.» - X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PECAS (Taches de Rousseur)
 Salvado, pecas, máscara, bochorno, granos y puntos negros son destruidos en algunos días sin alterar la piel ni la salud por la maravillosa é incomparable **LECHE** del D. H. DE SEGRÉ. Acción segura, perfume suave, última palabra del progreso. El frasco 5 francos París; 6 fr. franco estación, contra mandato. **CASA ST-JUST**, 304, rue Saint-Honoré, y en buenas perfumerías.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abalones, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES** del **PECHO** y de los **INTESTINOS**.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APÍOL DE LOS JORET HONOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 FA. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los **flujos**, la **clorosis**, la **anemia**, el **apocamiento**, las **enfermedades del pecho** y de los **intestinos**, los **esputos de sangre**, los **catarros**, la **disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor **HEURTELOUP**, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de **flujos uterinos** y **hemorragias** en la **hemotisis tuberculosa**. - DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París

MAREO PELAGINA
 RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número; **ALIVIO SEGURO** en los otros.
 IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Francia, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
 Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR.**
 Exíjase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con **BISMUTHO** y **MAGNESIA**
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exíjase en el rotulo a firma de **J. FAYARD**, Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.**
 Póse y conserva el cutis limpio y terso
 Frasco 5 fr. en París B. St-Denis, 18

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energetico que se conoce para curar: la **Clorosis**, la **Anémia**, las **Menstruaciones dolorosas**, el **Empobrecimiento** y la **Alteración de la Sangre**, el **Raquitismo**, las **Afecciones escrófulosas y escorbúticas**, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los órganos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloración** y la **Energía vital**.
 Por mayor, en París, en casa de **J. FERRÉ**, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de **AROUD**.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rotulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia **LEROY** Y en todas las Farmacias

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos **Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION ASMA** y toda afección de las vias respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata. **J. FERRÉ** y Cia, P.º 102, R. Richelieu, París.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los **Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exíjase en el rotulo a firma Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto por **Ch. Fay**, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS
 El mejor y mas célebre polvo de tocador



COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA NUEVA CATEDRAL CATÓLICA DE WESTMINTER (INGLATERRA).
Ceremonia celebrada el 29 de junio último (de fotografía de los Sres. Rusell é hijos)

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 81, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de **GÉLIS & CONTÉ**

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de **BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 39, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fertilizante por escelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.

Par mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOIRE, DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN